

JULIANO, CESAR DE LAS GALIAS: UN GOLPE DE ESTADO EN LA ROMA ANTIGUA*

Nicolás Cruz
Instituto de Historia
P. Universidad Católica de Chile



Emperador Juliano (332-363)

Introducción

Este trabajo, junto con rehacer el camino seguido por Juliano desde su designación como César de Las Galias hasta su llegada al cargo de Emperador en el año 361 d.C., presenta los resultados de una investigación encaminada a explicar los motivos y el sentido del “asalto al poder” que el César Juliano dirigió contra el Emperador Constancio II. La intención pues, es la de reconstruir un proceso histórico, pero a la vez señalar en qué medida este hecho fue un ejemplo para comprender un problema más profundo que afectó la estructura político-militar del Imperio Romano en el siglo IV de nuestra era.

Nuestro propósito es dar cuenta de un problema político específico: “el asalto al poder”, tomando en consideración otros aspectos en cuanto sean necesarios para aclarar el asunto que tenemos entre manos. No es, según lo dicho, una biografía sobre Juliano, ni un texto que busque dar cuenta de su labor como Emperador ni de los graves conflictos que tuvo su breve remado (361-363 d.C.), sino que a través de él presentaremos los problemas de una provincia y los del poder político en el siglo IV.

* Ponencia presentada en las *XIII Semana de Estudios Romanos*, realizada en 1988.

Esta aclaración parece necesaria puesto que es un personaje sobre el cual se ha escrito y se sigue escribiendo muchísimo. Impresiona la enorme cantidad de artículos, libros especializados y obras literarias o de divulgación que se editan sobre él. La gran mayoría de estos trabajos, especialmente los libros, toman en cuenta toda su vida, dedicándole un amplio espacio a su tarea como conductor máximo del Imperio¹.

Junto a esto, cabe señalar que hablar de Juliano es, para la gran mayoría de los estudiosos, hacerlo sobre su intento de restaurar la religión pagana y sobre los inevitables conflictos que esta empresa desencadenó frente al cristianismo ya difundido y consolidado dentro del Imperio. De hecho, durante mucho tiempo la historiografía abordó todo este problema bajo el concepto de su apostasía. Muchos de los escritores actuales cuestionan este punto, señalando que en este caso no puede hablarse de auténtico cristianismo ni de verdadera apostasía². Más que restaurador de Las Galias — definición que se acerca a nuestro tema—, más que Emperador Romano y combatiente contra los persas, él ha sido visto en su clave religiosa. Esta perspectiva no es la única que puede adoptarse, y no es, a nuestro juicio, el aspecto más importante para entender la totalidad del período y de sus problemas más graves. Señalemos, por de pronto, que antes de su Cesarato en Las Galias y durante los casi seis años que duró en dicho cargo, Juliano se cuidó mucho de no expresar públicamente sus creencias. Por motivos políticos y de supervivencia, durante todo este tiempo presumió de ser un cristiano igual al resto de su familia que descendía de Constantino. Es claro, y está suficientemente registrado en los documentos, el camino que en esta época llevó a Juliano al neoplatonismo, pero en el período que nosotros analizaremos, sus creencias religiosas no repercutieron en su comportamiento público, como sí lo harán una vez que llegue al cargo imperial³.

¹ Dentro de los escritos sobre Juliano en los últimos años, cabe destacar la aparición de tres biografías, además de una innumerable cantidad de artículos. Las tres biografías son las de R. BROWNING, *The Emperor Julián*, U.S.A. (1975), BENOIST-MECHIN J., *L'Empereur Julien ou le revé calciné*, (1977). Ed. Ital. (Milán 1979), BOWERSOCK G., *Julien the Apostate*, U.S.A. (1978). De estas tres, resulta especialmente interesante la de Bowersock ya que sigue un tratamiento biográfico moderno, además de un planteamiento novedoso, aunque polémico, de las fuentes que conviene utilizar para abordar la figura de Juliano.

Cabe mencionar que en castellano ha sido reeditada la biografía de JULIANO DE GORE VIDAL bajo el título de Juliano el Apóstata, en circunstancias de que el autor prestó poca importancia al aspecto cristiano de su biografía y que el título original es Julián. Es importante señalar que la idea de presentar la apostasía como el problema central de Juliano se ha ido dejando de lado en la tendencia historiográfica actual.

² Cf. las diferencias que existen entre la biografía de Juliano escrita por G. RICCIOTTI, *Juliano el Apóstata* (1959), y las ya citadas de Benoit-Mechin y Bowersock. La de Ricciotti, excelente sin duda alguna, presenta al personaje en la óptica del apóstata, con lo cual se recalca su aspecto de hipócrita durante el Cesarato en Las Galias. Las últimas dos biografías recién mencionadas, se alejan de esta visión. Benoit-Mechin, especialmente, insiste en el muy temprano distanciamiento de Juliano con respecto al cristianismo.

³ Son muy numerosos los textos modernos que, a diferencia nuestra, otorgan una importancia decisiva a las creencias religiosas de Juliano en este período. Sucede que muchos de ellos están preocupados por encontrar las raíces de aquellas actitudes que asumirá una vez que llegue a ser Emperador. Desde un punto de vista historiográfico, conviene analizar el problema sin tomar en cuenta que Juliano llegó posteriormente a tan alto cargo. De hecho, y en sede estrictamente histórica, durante los años que permaneció en Las Galias, no se sospechaba que Juliano llegaría a ser Emperador. El problema en que parte importante de la historiografía queda atrapada, consiste en explicar los actos de Juliano César como antecedentes de su posterior acción como Augusto. Cf. los aportes a este respecto en A. MOMIGLIANO, (edil) *Il conflitto tra paganesimo e cristianesimo riel secólo IV*, (Torino, 1968). (1ª ed. Inglesa 1963). La

Nuestro trabajo, insistimos, está acotado a los años que transcurren desde su designación como César (355 d.C.) hasta su “asalto al poder” (361 d.C.), recalcando especialmente su intento de restauración en Las Galias y considerando este “asalto” como un problema típico de ese período.

Este propósito ha significado dos esfuerzos: rehacer en forma minuciosa los hechos históricos a través de las fuentes, puesto que es el único camino que permite llegar a conclusiones correctas respecto a los problemas analizados. Hay que tener en cuenta que, si bien es cierto, para este período los documentos son muchos y bastante completos, a su vez presentan notables diferencias según sean cristianos o no, y según su cercanía o distancia con Juliano, quien despertó un rechazo enérgico en algunos (Gregorio Nazianzeno) o generó una adhesión muy entusiasta en otros (Libanio). De modo tal que en ciertos momentos nos encontramos ante informaciones contradictorias entre sí.

A pesar de los problemas indicados, hemos consultado atentamente las fuentes y esta metodología nos ha permitido llegar en forma directa a la información, evitando la predisposición a la que inevitablemente se llega por la lectura temprana de los textos historiográficos. Sólo en un segundo momento hemos recurrido a la bibliografía especializada.

La fuente principal han sido los escritos de Juliano. Concederles la mayor importancia a estos escritos, significa orientar el trabajo no sólo a la reconstrucción del itinerario que lo llevó al “asalto al poder” sino que también comprender los motivos que da el protagonista para justificar sus acciones. No está de más decir que las informaciones que ellos contienen han sido trabajadas de una manera crítica y cotejada permanentemente con los otros testimonios de que disponemos.

Amiano Marcelino y Libanio son los otros dos autores a los cuales hemos prestado el máximo de atención, y cuyas noticias llenan las páginas del presente escritor⁴.

El segundo esfuerzo ha sido abordar de manera adecuada las discrepancias visibles en las fuentes del período (ver *Las Fuentes*). Como hemos dicho, ellas son muy abundantes y provienen de diversos ámbitos, gracias a lo cual disponemos de variada información, pero son también notables por sus discrepancias, tanto en los datos que contienen como en la interpretación de los hechos de la vida de Juliano. Mencionemos sólo dos ejemplos que pueden ser ilustrativos de lo que estamos señalando: el primero se refiere a la infancia de Juliano y el segundo a su nominación como César.

importante serie de trabajos reunidos en este volumen ha jugado un papel renovador en la comprensión de este siglo, así como para el correcto entendimiento del conflicto paganismo-cristianismo.

⁴ Cf. la parte dedicada a las fuentes.



Emperador Juliano. Moneda de bronce acuñada en Antioquía 360-363

La infancia de Juliano estuvo marcada por el asesinato de su padre y de una parte considerable de sus familiares, todos parientes del ex-emperador Constantino. Este hecho que va a tener una gran importancia en su posterior participación política es transmitido de las más diversas formas por los autores de la época. Mientras para algunos, el instigador de estos crímenes fue el Emperador Constancio II, para otros lo fueron los soldados que actuaron por su cuenta y sin considerar los deseos del Emperador.

Años después, y éste es el segundo de los ejemplos, Juliano fue nombrado César. Algunas de las fuentes más serias y confiables dicen que la intención de Constancio II era asignarle una tarea para la cual Juliano no estaba preparado y que concluiría con su ruina y su muerte. Otras, en cambio, explican la necesidad imperiosa del Augusto de contar con un César que gobernara ese territorio en nombre suyo y revertiera la difícil posición romana en las provincias.

Como estos dos ejemplos, podríamos incluir varios otros que dejarían en evidencia la dificultad que se presenta al abordar las fuentes. Sin lugar a dudas que esta discrepancia en los documentos de la época resulta decisiva para explicarse aquella que se observa en los estudios modernos.

En este aspecto recién mencionado estriba una parte importante del atractivo que presenta la figura de Juliano para historiadores y escritores, puesto que ante la disparidad, ellos se ven en la necesidad de tomar una postura. Esto obliga a un acercamiento riguroso a las fuentes, a un repaso permanente y a una evaluación equilibrada. Juliano mismo —y los escritos que se conservan de él son muchos— viene a complicar las cosas ya que es un hombre que no se deja atrapar con facilidad: si bien despierta nuestro entusiasmo cuando lo vemos actuar de manera abierta, valiente y decidida en Las Galias frente a los germanos, nos confunde, en cambio, cuando argumenta de manera contradictoria en su famoso *Discurso al Senado y Pueblo de Atenas*, tratando de explicar los motivos de su “asalto al poder”. En fin, resulta bastante difícil comprender a una persona que sostiene reiteradamente no desear el poder y que demuestra una cosa contraria en sus hechos.

Frente a esto, el historiador no puede escapar a la obligación de comprender los hechos privilegiando alguna de las líneas propuestas. Una posibilidad que ha demostrado ser bastante fecunda en resultados ha sido la de atender al contexto general del momento, y evaluar las informaciones de las fuentes dentro de éste. Así, con respecto a la ya mencionada nominación de Juliano como César de Las Galias y Britania, nos parece absurdo que el Emperador Constancio no se haya tomado tanto trabajo para procurar la muerte de su joven primo, atendiendo especialmente al hecho de que las provincias que éste iba a gobernar pasaban, efectivamente, por una situación muy difícil. Si el Emperador deseaba eliminar un posible competidor, contaba con medios más directos para hacerlo. El manejo del poder político tiene ciertas reglas, y una de ellas es la de atender a los problemas más graves que se le presentan, y éstos estaban relacionados con la presencia de los germanos en el Rin. A esta exigencia, y no a otra respondió el Emperador.

Igual criterio hemos utilizado para comprender el problema que hizo explotar el conflicto final entre Juliano y Constancio II. Este tuvo su origen, a nuestro juicio, en la “necesidad real” que tuvo el Emperador de contar con refuerzos que le permitiesen hacer frente a la delicada situación que se presentaba en el frente persa. Los soldados que estaban bajo el mando de Juliano en Las Galias parecían los indicados para solucionar esta necesidad. Por lo tanto, más que el deseo de minar el poder de su César, idea que se debe tener en consideración pero con carácter secundario, el Augusto respondió a la urgencia de solucionar el conflicto abierto en el limes oriental.

Este trabajo propone, entonces, una interpretación de los hechos históricos que llevaron a Juliano a su “asalto al poder” contra su primo Constancio II, quien lo había colocado en la expectable situación de César de Las Galias y Britania. Este hecho fue habitual en la militarizada vida política del Bajo Imperio, tal como ya lo advirtiera Herodiano⁵ al repasar, a inicios del siglo III, los sucesos que culminaron con la llegada al poder de Septimio Severo y de los Emperadores siguientes. La tendencia a tomarse el poder por las armas fue en aumento a lo largo de dicho siglo y no dejó de crecer en el siguiente, pese a los esfuerzos desplegados por Diocleciano y sus sucesores.

Juliano, como la mayoría de las figuras militarmente fuertes de su tiempo, tradujo su asentado poder militar en político. Al hacer esto cumplió con una ley no escrita, puesto que no había mecanismo alguno que permitiese mantener bajo control a un general poderoso. La carrera de las armas concluía, cuando ello era posible, en el trono, y cuando no lo era⁶, en la eliminación del general quien siempre era visto por el poder central como un posible usurpador. Este es el problema de fondo que nosotros nos planteamos. Si volvemos los ojos hacia el período que va desde Diocleciano hasta Constancio II, vemos que ninguno de los Emperadores pudo escapar a esta situación y que todos, más allá de los lazos de parentesco, llegaron al cargo máximo basados en una

⁵ HERODIANO, *Historia del Imperio Romano desde Marco Aurelio*. Traducción, introducción y notas de Juan José Torres Esbarranch. Biblioteca Clásica Gredos, (Madrid. 1985). El punto que señalamos está tratado especialmente en el capítulo III. Para observar todas las posibilidades de HERODIANO como fuente, Cf. R. REMONDON, *La crisis del Imperio Romano*, Ed. Labor (España. 1979).

⁶ Véanse los casos frustrados de Magnencio y Silvano en las páginas siguientes. Para un autor tan importante como A.H.M. Jones, todos son “usurpadores”. La diferencia entre ellos y Juliano radica sólo en que este último resultó vencedor en su intento.

nutrida carrera militar y sobre el uso profuso de la fuerza. Juliano no fue, ni podía ser una excepción.

LAS FUENTES

Poseemos abundantes fuentes para el conocimiento del tema. Ya en la Introducción tuvimos oportunidad de señalar que éstas se contradicen en muchos puntos fundamentales, obligando al historiador a realizar una crítica acuciosa.

La primera fuente utilizada son los escritos del propio Juliano, hombre de vasta producción literaria, que se encuentran en *L'Empereur Julien: Oeuvres Completes*. Texte établi et traduit par Joseph Bidez (Paris, 1932). Cabe señalar que Bidez sigue siendo la figura más destacada y prestigiosa que ha trabajado a Juliano. También hemos tenido oportunidad de contar con la traducción de estos *Discursos y Cartas*, que hizo José García Blanco, editados por Gredos en 1979. Esta edición no contiene los textos originales griegos, pero cuenta con un nutrido conjunto de notas y una excelente Introducción.

Juliano entrega una visión de conjunto sobre su juventud y los años del Cesarato en Las Galias y Britania en el Discurso ante el Senado y Pueblo de Atenas, compuesto en Julio del 361, aunque es probable que haya sido posteriormente retocado por el propio autor⁷. La información aquí contenida debe ser trabajada cuidadosamente puesto que a través de sus palabras, intentó explicar los motivos que lo “obligaban” a levantarse en contra de Constancio II. Un cotejo con las otras fuentes disponibles resulta imprescindible. Es importante tener en cuenta que Juliano da en esta obra la versión oficial de los sucesos que concluyeron con su “asalto al poder”, cuyos motivos hasta ese momento permanecían bastante oscuros para sus contemporáneos.

Finalmente, este escrito resulta ser una pieza clave para entender la verdadera personalidad de Juliano, aquella que por motivos de seguridad se vio obligado a mantener bajo control por varios años. En efecto, esta es la primera vez que él expresó abiertamente su opinión sobre Constancio II y le atribuyó una responsabilidad directa en la muerte de su padre y familiares. También es la primera ocasión en que lo acusó de haber llevado adelante una política mezquina y denigratoria en su contra, no dejándole otra opción que la de la sublevación.

Además del discurso indicado, contamos con una serie de escritos y cartas redactadas por Juliano durante su permanencia en Las Galias. En su conjunto constituyen un material diverso pero muy valioso. Encontramos allí los dos elogios

⁷ Cf. LABRIOLA C., *I due autoritratti di Giuliano Imperatore*. En *Juliano Discursos*, vol. I. Ed. Gredos. (Madrid. 1979). p. 304 n. 5.

dirigidos al Emperador, el Elogio a la Emperatriz Eusebia y la *Consolación a Sí Mismo por la Marcha del Excelente Salustio*.

El conocimiento de estas obras viene a complementar la información sobre muchos problemas precisos que tuvo durante su gestión como César de las provincias ya mencionadas. Es fundamental tener en cuenta que son los escritos de un hombre que discrepaba cada vez más con el Augusto, pero que debía moverse con cautela ante un poder celoso en extremo. En esta óptica debe entenderse, por ejemplo, el *Elogio al Emperador Constancio*, escrito lleno de intencionalidad política y de sutiles afirmaciones.

Las cartas, por su parte, nos permiten acercarnos a una esfera más íntima de Juliano. Podemos encontrar referencias a sus creencias en aquéllas enviadas a sus maestros y amigos neoplatónicos. Mientras que otras son decisivas para entender el conflicto con Constancio III, como por ejemplo, la *Carta 17 b. Juliano César a Constancio*.

La segunda fuente utilizada es la obra *Rerum Gestarum* de Amiano Marcelino que tiene la gran virtud de ser la única llegada hasta nosotros que registra la totalidad del período⁸. Lamentablemente, de los treinta y un libros originales sólo nos han llegado los

⁸ En el último tiempo han aparecido una serie de trabajos que cuestionan la importancia de *Rerum Gestarum* como la fuente más orientadora para el conocimiento de Juliano. G. BOWERSOCK, en su obra ya citada (cfr. nota 2. Introducción), T. D. BARNES, en el noveno capítulo de su libro *The sources of the Historia Augusta* y E. A. THOMPSON, entre otros, señalan que muchas de las noticias contenidas en *Rerum Gestarum* son de segunda mano puesto que el autor habría ocupado profusamente la *Vida de Juliano* del escritor EUNAPIO, que se perdió. E. A. THOMPSON, en la voz *Ammianus Marcellinus*, de la edición 1979 del *The Oxford Classical Dictionary*, dice lo siguiente: “La discusión sobre las fuentes históricas utilizadas por Amiano Marcelino se ha centrado en la detalladísima descripción de la campaña que Juliano llevó adelante contra los persas en el año 363. Otra extensa descripción de esta campaña se encuentra en ZOZIMO, quien la tomó de Eunepio, quien a su vez se basó en la MEMORIA escrita por el físico ORIBASIO, este último, un participante en la campaña. Parece ser que para estos datos AMIANO se basó de manera extensa en EUNAPIO y complementó el relato con sus conocimientos. Para las otras partes del trabajo de AMIANO MARCELINO, desconocemos las fuentes...” (p. 52). La afirmación de estos autores, vale decir el uso que AMIANO MARCELINO hizo de la obra de EUNAPIO, topa con el hecho de que AMIANO fue testigo de los hechos que narra, quedando en duda por qué habría preferido basarse en EUNAPIO más que en su experiencia directa, sobre todo cuando sabemos que AMIANO se preparó concienzudamente para escribir sus *Historias*. BOWERSOCK explica este punto señalando que el autor de *Rerum Gestarum* estaba interesado en escribir un trabajo histórico, pero que tenía pretensiones de hacer una obra de arte, por lo cual habría preferido construir su mosaico utilizando todos los materiales que tuviese a la mano (p. 8).

Los trabajos de los mencionados historiadores no sólo tienen implicancias académicas en cuanto a la necesidad de abordar de manera correcta las fuentes, sino que además atacan un punto que resulta central en la cuestión, pues AMIANO MARCELINO ha sido considerado, desde GIBBON en adelante, un autor veraz e imparcial. El historiador inglés sostuvo esto en desconocimiento de esta relación AMIANO - EUNAPIO - ORIBASIO. De ser correcta la afirmación de BOWERSOCK, BARNES y los otros, las cosas cambiarían pues bien sabemos que los dos últimos fueron muy cercanos a Juliano y por lo tanto no tuvieron interés en ser imparciales. Al menos nadie lee *Las Vidas de Filósofos y Sofistas* de EUNAPIO exigiéndole imparcialidad, sino para conocer “desde Adentro” el itinerario filosófico de Juliano. Caería, entonces, una de las cualidades más destacadas de la obra de *Amiano Marcelino*, fuente que BOWERSOCK no considera una de las principales para conocer la figura de Juliano, reservando esta calidad sólo a los *Escritos* de JULIANO, a las *Oraciones* de LIBANIO y a las *Oraciones* de GREGORIO NAZIANZENO.

últimos dieciocho que nos informan desde el último año del Cesarato de Galo, el hermanastro de Juliano, en Oriente durante el gobierno de Constancio II, hasta la muerte del Emperador Valente. En términos cronológicos esto equivale al período que va entre los años 354 al 378 d.C.

La obra de Amiano Marcelino, prácticamente desconocida para los lectores de habla hispana, ha tenido una aceptación creciente entre los de lenguas europeas. Esto nos ha permitido disponer de una cantidad apreciable de ediciones del texto. En primer lugar está la edición inglesa *Ammianus Marcellinus*, a cargo de John Rolfe, edición bilingüe en tres volúmenes (Londres. 1935). Está resulta ser la más completa y aprovechable de las existentes, aunque como sucede habitualmente en las ediciones de la Loeb Classical Library, hay una innecesaria economía de notas. De la edición francesa *Ammien Marcellin. Histoire*, hemos utilizado el tomo 1: *texte éablit et traduit* par Edouard Gallatier avec la collaboration de Jacques Fontaine (libros XIV - XVI) y el tomo 2: *texte éablit et traduit* par Guy Sabbah (libros XVII - XIX). En este caso, las abundantes notas permiten aclaraciones muy necesarias para una adecuada lectura. Hemos consultado también *Ammien Marcellin*, publicado en la colección *Auteurs Latins*. (París. 1860). Edición bilingüe bajo la supervisión de M. Nisard. Al tener acceso a esta obra hemos podido comprobar que la única versión existente en castellano, la de Norberto Castilla, Librería de la Viuda de Hernando (España. 1895), está tomada del texto francés y no del texto latino original⁹. Finalmente, se ha editado una acertada antología de la obra: *Ammianus Marcellinus. The Later Roman Empire (354-378 A. D.)*. Selected and translated by Walter Hamilton. Introduction and notes by Andrew Wallace-Hadrill. (Great Britain 1987, 1º ed. 1986).

Amiano Marcelino nació en Antioquía, provincia de Siria, hacia el año 330 y murió en una fecha cercana al 400 d.C. Dedicó una parte de su vida, aunque breve, a la actividad militar, llevando adelante una carrera irregular. Uno de los puntos que se observa con mayor claridad en su obra es el de los múltiples problemas que debía afrontar un oficial romano en esa época: dificultades provenientes del ámbito político más que del de las armas. Debido a este último punto es que su carrera osciló entre importantes comandos y cargos secundarios. Inicó la redacción de su obra una vez que abandonó el ejército, probablemente en una fecha cercana al 384. Sabemos que había escrito la primera parte de ésta hacia el año 392 por una carta que le envió su amigo el retórico Libanio, quien lo felicita por el éxito obtenido con sus *Historias* frente al auditorio romano.

Lo que hemos explicado nos sirve para afirmar que se trata de una fuente militar, hecho que se comprueba al observar la estructura de la obra y la abundante descripción de batallas, estrategias y armamentos que hace. Más aún, el carácter castrense se hace visible en la manera en que el autor se aproxima a las figuras más relevantes de su tiempo; estas son medidas por su comportamiento frente a los desafíos militares. Parece

La debilidad de lo señalado por estos autores reside en que su tesis se levanta, finalmente, sobre dos textos perdidos: como son los de EUNAPIO y el de ORIBASIO, y en el breve texto existente que se ha conservado de ZOZIMO.

⁹ En el marco de la investigación *La crisis del Imperio Romano: el testimonio de Amiano Marcelino*, estamos llevando adelante la preparación de una antología de *Rerum Gestarum* para los lectores de habla hispana. Este trabajo se hace necesario debido a los problemas detectados en la versión castellana que a fines del siglo pasado hizo Norberto Castilla.

claro que su distanciamiento con Constancio II proviene de su política poco decidida y conciliatoria ante los germanos y a sus escasos éxitos en el limes oriental acosado por los Persas.

Amiano Marcelino es un soldado de vasta cultura, hecho que se advierte claramente por las permanentes referencias que hace en su obra a muchos autores clásicos Y además, porque escribió en latín siendo el griego su lengua materna. Sin embargo su latín ha sido juzgado con dureza por algunos estudiosos, aunque estas críticas no han cuestionado la riqueza del texto¹⁰. La calidad y fiabilidad de *Rerum Gestarum* como fuente ha despertado entusiastas comentarios de historiadores tan exigentes como Edward Gibbon quien escribió: “Con sincero pesar debo despedirme ahora de un guía correcto y fiel que ha compuesto la historia de su tiempo sin ceder a los prejuicios y pasiones que suelen afectar al espíritu de un contemporáneo”¹¹.

¿Cuáles son los méritos que convierten a *Rerum Gestarum* en una fuente de primer orden? En primer lugar: abarca un período de tiempo con una minuciosidad que no hace ninguno de los otros textos llegados hasta nosotros. Es un hecho que otros escritos del período tenían esta misma característica, pero se han perdido. Una vez más estamos obligados a conceder una gran importancia a aquellos autores cuyas obras han logrado sobrevivir.

Debemos agregar ahora los méritos internos o propios de la obra¹². En nuestra opinión éstos pueden condensarse en cuatro puntos: por un lado, la calidad de testigo y actor que tiene el autor de los sucesos narrados. Amiano Marcelino estuvo sirviendo en los ejércitos de Las Galias, conoce el territorio, las personas y las situaciones de las cuales habla; por otro, sus *Historias* son el producto de las múltiples notas que tomó en sus años de soldado, así como de las extensas lecturas que realizó en su ciudad de Antioquía una vez que abandonó la carrera militar, actividad esta última que le permitió contar con una perspectiva histórica de los hechos analizados¹³, y, por último, es también producto de los documentos consultados durante su residencia en la ciudad de Roma.

Los otros dos puntos que atestiguan la calidad de esta obra se pueden observar en la variedad de temas que aborda dándonos una visión panorámica de la situación del Imperio. Es así como nos informamos del estado de las provincias de Occidente, de los graves conflictos religiosos en la ciudad de Roma, de las dificultades producidas en la frontera oriental, de los conflictos que afectaban al poder central, etc.; y también en la

¹⁰ Casi la totalidad de los críticos hacen referencia a los problemas presentes en el latín de Amiano Marcelino. Sin duda, estas afirmaciones tienen algo de razón, pero debe tenerse en cuenta que muchas de ellas fueron expresadas antes de que se revalorizara el tema del bajo Imperio, lo cual ha permitido que ahora nos acerquemos con otros ojos al latín de ese tiempo. Para este punto, Cf. WALLACE-HADRILL, op. cit., Introducción p. 26; J. Bayet, *Literatura Latina* (España, 1985) p. 447; J. SHOTWELL, *Historia en el Mundo Antiguo*, (México, 1982) (1939) pp. 339-340; E. PARATTORE, *Profilo della Letteratura latina*, (Firenze, 1982) (1960) p. 440

¹¹ GIBBON, E., *Decline and Fallo of The Roman Empire*, cap. XXVL. The Modern Library. U.S.A. (1979).

¹² Para la polémica actual sobre los méritos de esta fuente. Cf. nota 2 de este capítulo.

¹³ Amiano Marcelino continuaba sus *Historias* donde Tácito había terminado las suyas, esto es, desde el ascenso de Nerva al poder en el año 96 hasta los sucesos ocurridos en el año 353 d. C. cuando Galo ya es César de Oriente.

búsqueda constante de la objetividad. Amiano Marcelino tenía motivos de sobra para criticar ácidamente a Constancio II, a pesar de lo cual intenta, aunque con dificultad, entregar una visión lo más medida posible de su figura.

La tercera fuente la constituyen las numerosas *Oraciones* del retórico Libanio (314-393 d.C.). De entre ellas, hay ocho que conciernen directamente a la figura de Juliano, muy especialmente la XII, la XIII y la XVIII. Esta última es la oración fúnebre que escribió con motivo de la temprana muerte del Emperador y amigo. En ella informa de manera general sobre la vida de Juliano y asume una postura frente a cada uno de los hechos cruciales y más debatidos. Hemos dispuesto de estos textos en la edición realizada por “Loeb Classical Library”, *Libanius. Selected Works. The Julianic Orations*, Vol. 1. With an english translation, introduction and notes by A. F. Norman. (Great Britain, 1987, 1969). Edición Bilingüe.

En el tema que a nosotros nos preocupa, estas *Oraciones* resultan fundamentales por las informaciones entregadas y, además, porque nos permiten conocer lo que se pensaba sobre los sucesos que nos ocupan en los círculos cercanos a Juliano. De aquí resulta que lo que dice Libanio concuerda bastante con lo que señala el César en sus escritos, especialmente con el *Discurso sobre el Senado y Pueblo de Atenas*. Esta concordancia nos permite deducir que la versión de Juliano sobre su carrera al poder no es única, sino que fue compartida por sus colaboradores¹⁴.

Tenemos luego una serie de otras fuentes que, en menor medida, aportan datos para aclarar el tema. Algunas podemos agruparlas bajo el título de “pro-Julianas”; tales son el *Discurso de acción de gracias de Claudio Mamertino al Emperador Juliano por su consulado*, las *Vidas de Filósofos y Sofistas de Eunapio* y la *Historia Nueva de Zózimo*.

Por otro lado están las fuentes provenientes de ambientes cristianos. Estas son abundantes pero de difícil utilización puesto que su objetivo era recrear la vida de los cristianos y no sucesos relacionados con el poder político o con los conflictos militares. Emerge, una vez más, un problema que es evidente para quien haya trabajado las fuentes del siglo III d.C., y que Wallace-Hadrill explica de la siguiente manera: “La Historia de la Iglesia siguió una tradición bastante diferente. Eusebio y sus sucesores — esto es, los historiadores cristianos— ignoraron la historia del Estado, salvo como marco general de referencia...”¹⁵ Y viceversa, los historiadores paganos hacen, las más de las veces, caso omiso del cristianismo y su desarrollo, tanto en así que en ciertos momentos parece ser que nos encontramos ante dos visiones históricas diferentes del Imperio Romano, una en la cual el cristianismo es decisivo, y otra en la cual no importa prácticamente nada¹⁶. Pese a que nos reportan escasas noticias, algunas de éstas son

¹⁴ Otra versión en el mismo sentido está contenida en el *Panegírico* de Claudio Marmentino.

¹⁵ Cf. WALLACE-HADRILL, *op. cit.*, Introducción, p. 24.

¹⁶ Esta idea la extendemos a toda la Historiografía del siglo III, período especialmente marcado por el desarrollo del Cristianismo. Autores como Herodiano, los escritores de la *Historia Augusta*, etc., no hacen casi referencias a este hecho que está teniendo lugar. Los historiadores cristianos, por su parte, nos presentan los problemas entre la Iglesia y el Imperio como si fuesen los más importantes y aquéllos que están orientando toda la acción de los Emperadores y del Estado. Ahora bien, como la conservación de las fuentes cristianas ha sido muy superior a las otras, muchos de los temas han sido aceptados en los términos en que las primeras los refieren. Esta situación vuelve a aparecer en el caso de Juliano.

decisivas. Para todo el problema que rodeó la nominación de Juliano como César de Las Galias, las apreciaciones de Sócrates Escolástico y Sozomeno resultan insustituibles. Igualmente para conocer el alcance de algunas medidas administrativas adoptadas por Juliano, es de gran utilidad Gregorio Nazianzeno. En todo caso estas fuentes son las que han servido de inspiración para plantear todo el problema bajo la óptica de la apostasía de Juliano, visión que ya hemos tenido oportunidad de señalar como poco relevante.

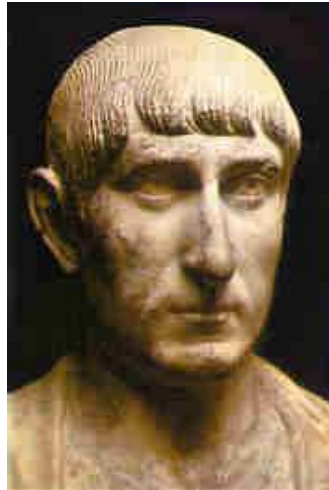
EL CESAR JULIANO

Una de las noticias más importantes con que contamos es aquella que nos refiere la necesidad sentida por el Emperador Constancio II de designar un César que ordenase la caótica situación existente en Las Galias y Britania desde hacía algunos años y que se mantenía peligrosamente hasta el 355 d.C., debido a la presencia de los Germanos en la dilatada frontera del Rin, quienes sorteando los límites naturales se habían apropiado de algunos territorios e interrumpido la actividad productiva y comercial de estas provincias. Estos hechos tenían lugar en una zona que durante los últimos años había estado sacudida por graves conflictos internos, tales como las sublevaciones de Magnencio (350 d.C.) y de Silvano (355); la primera había causado daños irreparables en lo militar y en lo económico¹⁷. Todo esto había ocurrido en tierras consideradas, en justicia, entre las más ricas del Imperio.

Por lo que se refiere concretamente al caso de Constancio II, su gobierno había pasado por una larga serie de duras pruebas y hacia el año 355 afrontaba un creciente número de complicaciones. Este *Flavius Julius Constantius*, tercer hijo de Constantino el Grande, se hizo cargo del gobierno de la parte oriental del Imperio a la muerte de su padre el año 337. Luego de algunos años difíciles en que los sucesores de Constantino se disputaron despiadadamente sus posesiones, gobernó su parte con relativa tranquilidad, hasta la extraña sublevación de Magnencio en Las Gallas, puso trágico fin a la vida de su hermano Constante, en esos momentos Augusto de la parte occidental. Constancio no aceptó las pretensiones del usurpador Magnencio en cuanto a permitirle compartir el poder máximo y abrió una decidida lucha en su contra (351 - 353 d.C.).

Atendiendo a estas fuentes, se creería que la política anticristiana de Juliano fue una de las actividades en que se empeñó más en su breve reinado, llegando a insinuar Sócrates Escolástico, y más aún Sozomeno, la existencia de una persecución en acto hacia el año 362. Las fuentes que provienen de otras vertientes nos entregan una visión bastante diferente. Cf. SÓCRATES ESCOLÁSTICO, *Historia Eclesiástica* y SOZOMENO *Historia Eclesiástica*. Ambos en *Nicene and Post Nicene Fathers of the Christian Church*. vol. II. Edited by W.M.B. Eerdmans. U.S.A. (1976).

¹⁷ La mayoría de los historiadores destacan las dificultades para comprender los motivos que tuvo Magnencio para intentar esta sublevación. J.J. HATT (1967-1a ed. 1947) *Histoire de la Gaule Romaine (120 a. C.-451 a. C.) Colonisation ou colonialisme?* París, dice en la página 292: "Es muy difícil develar las causas de esta revuelta. Constante fue un buen Emperador y no había fallado en su rol de protector de Las Galias. Puede ser que su intransigencia con los soldados y su política de deflación económica lo hayan hecho impopular". C. JULLIEN, en su monumental *Histoire de la Gaule* (París. 1908-1926), en ocho volúmenes, piensa que este hecho fue la expresión de una hostilidad permanente entre la Galia del Centro y aquella del Nor-Este. (Vol. III, p. 152). A.L.F. RIVET, en *Gallia Narbonensis: Southern Franco in Roman Times* (1988) pp, 370, hace hincapié en la responsabilidad que le cupo a los soldados de Magnencio en el asesinato de Constante.



Constancio II 337-361

La lucha contra Magnencio fue una de las más violentas que haya conocido el Imperio. Algunos autores, Jones y Hatt entre ellos¹⁸, hacen subir a cincuenta y cuatro mil los muertos en el campo de batalla de Mursa, donde se registró el enfrentamiento final. Sus efectos fueron desastrosos para la futura estabilidad de la parte occidental del Imperio: “A partir de ese funesto año 351, comenzó para el Imperio la decadencia militar y la impotencia ante las invasiones bárbaras”¹⁹. Así, en el tiempo de esta sublevación, los alamanes cruzaron el Rin y se apoderaron de las plazas que defendían la frontera: *Argentoratum* (Estrasburgo), *Nemetes* (Spira) y *Barbetomagus* (Worms); la capital de la provincia de la Germania Superior —*Moguntiacus* (Maguncia)— fue tomada por la fuerza. Colonia, la muy importante ciudad de la Germania Inferior, resistió hasta terminar sucumbiendo en el 355. El problema bárbaro, que desde hacía tiempo venía haciéndose sentir en las fronteras, estalló en este momento, condicionando buena parte de la vida imperial de los años siguientes.

Constancio II había logrado hacer frente a Magnencio a un precio bastante alto. Poco tiempo después (355 d.C.), Silvano, un *comes et magister militum*²⁰, al ser acusado de querer usurpar el poder —injustamente, según nos señalan las fuentes— protagonizó una nueva sublevación, la cual fue sofocada de manera rápida y con un costo menor en vidas humanas.

Vencidos Magnencio y Silvano, Constancio II llegó a detentar la totalidad del poder. Todo esto ocurre a dieciocho años después de la muerte de Constantino el Grande.

¹⁸ A.H.M. JONES, *The Late Roman Empire*. Oklahoma University Press, (1964) (la ed. Inglesa 1964) 2 vols. Esta es la obra más importante sobre el Bajo Imperio Romano. En sus 1518 páginas, Jones ha trabajado la mayoría de los temas del Bajo Imperio y entregado una visión acabada y moderna sobre ellos. Nuestro trabajo es deudor de Jones en muchos puntos, los cuales iremos señalando debidamente.

¹⁹ J.J. HATT, *op. cit.*, p. 292.

²⁰ Funcionario con comando militar en una zona específica del Imperio.

Si bien la situación de Las Gallas y Britania era bastante difícil²¹, no era esta la única dificultad con que se enfrentaba el gobernante. Estaban además los problemas religiosos, los que provocaban los persas en la frontera oriental y los inherentes al poder único que ahora ostentaba Constancio II²².

La decisión del Emperador de hacerse secundar en el poder —evitando, hasta donde le fuese posible, alejarse de Italia y retener así un control directo sobre el gobierno—, resultaba una resolución de envergadura que tendría múltiples repercusiones, pero que respondía a un elemental realismo político. Tanto los sucesos anteriores, como los inmediatamente posteriores, demostraron que la determinación del Emperador había sido correcta ya que al producirse varios problemas simultáneos, convenía enfrentarlos centralizadamente. La presencia física de Constancio en Las Gallas le habría dificultado bastante el control sobre situaciones producidas en el otro extremo del territorio. Agreguemos a esto que a partir de fines del siglo se estableció, cada vez más, la necesidad de compartir el poder. Como dice Jones en su ya citada obra: “Es claro que se consideró imposible para un Emperador lidiar con los problemas que se producían desde La Britania hasta el Tigris”. Ferdinand Lot, en su libro sobre la Galia Romana agrega lo siguiente a este respecto: “Considerando los diferentes aspectos, quedaba claro que un solo hombre no podía regir la totalidad del Imperio. La persistencia y aumento de los ataques de los bárbaros y la peligrosa rivalidad del mundo iraní, habrían exigido para la lucha un Emperador que tuviese el don de la ubicuidad (...). Otra razón no menos imperiosa consistía en la rivalidad de los ejércitos, deseosos de poner en el trono a uno de sus favoritos. Estos ejércitos se reducían, en los hechos, a uno del Oriente y a otro de Las Galias. Las sublevaciones tendrían menos posibilidades si estos ejércitos estaban comandados cada uno por un Emperador”²³.

Juliano fue designado César y sobre él recayó la misión de representar al poder imperial en la labor de restauración del poder romano amenazado en las provincias occidentales anteriormente mencionadas.

Un aspecto realmente preocupante era que este primo de Constancio no poseía experiencia, ni en asuntos militares ni administrativos, y esto último lo afirmamos en el sentido más estricto de los términos. En efecto, debido al conflicto político que culminó con el asesinato de su padre, y a su posterior niñez y juventud alejadas de la Corte, el recién nominado César carecía, por completo, de la escuela militar y política, considerada como fundamental para desempeñar el tipo de cargos como aquel para el cual era llamado en ese momento. Por el contrario, su educación había sido fundamentalmente libresca y su pasión eran los temas filosóficos, a los que se había dedicado con gran intensidad hasta este momento. No hay ningún indicio de que haya realizado alguna actividad que lo preparase para el gobierno.

²¹ Para una descripción más detallada de la situación de Las Galias en el año 355, cf. el punto número I de *Juliano en Las Galias*.

²² Daremos cuenta del problema religioso del gobierno de Constancio a propósito de las dificultades que tuvo en este plano con Juliano. Asimismo entregaremos una información sobre el conflicto con los persas a raíz de los sucesos del año 361.

²³ A. H. M. JONES, *op. cit.*, p. 125. F. LOT, *La Gaule*, Fayard (Paris 1947), p. 254.

Esta designación resulta extraña a primera vista: ¿un joven de veinticuatro años, dedicado de manera exclusiva a los estudios filosóficos y ajeno a la vida del Palacio, para una misión tan delicada e importante?, ¿no era acaso un requisito básico ser experimentado militar para poder enfrentar a los germanos? Amiano Marcelino nos informa sobre este asunto así como también de aquellos problemas producidos en la Corte Imperial a raíz de esta nominación.

Por una parte, entonces, estaba la ya mencionada inexperiencia, y por la otra, la preocupación dentro de la Corte Imperial ante el eventual peligro por la influencia que el nuevo César pudiese representar. Ya durante el Cesarato de Galo en Oriente se había iniciado una lucha sórdida entre éste y los funcionarios más importantes de la Corte, ganando estos últimos al convencer al Emperador, probablemente con razón, de que Galo era una amenaza real para la ordenada marcha de los asuntos públicos. De modo tal que cuando Constancio confidenció a sus asesores más íntimos la idea de nominar un nuevo César para que se hiciera cargo de Las Galias y La Britania, ellos se resistieron inmediatamente: “Cuando, agobiado por el abrumador peso de los males, reveló esto a sus colaboradores más cercanos, exponiendo abiertamente —lo que nunca antes había hecho— que él solo sucumbiría bajo tantas y tan frecuentes situaciones críticas, ellos, maestros en la adulación desmedida, confundían a este hombre repitiéndole que, como de costumbre, no había nada tan difícil que su valor omnipotente y su fortuna tan cercana a los astros no pudiera superar. Y muchos, intranquilos por el remordimiento de sus culpas, agregaban a continuación, que debía ponerse en guardia ante el título de César, volviendo a referir los hechos sucedidos bajo el gobierno de Galo”²⁴. Esta información sobre la necesidad del Emperador por delegar responsabilidades, está tácitamente dicha en la mayoría de las fuentes y afirmada expresamente por Zózimo: “Ante esto, él (Constancio) hizo profundas reflexiones y no se sintió capaz de aportar los remedios sin contar con auxilio”²⁵.

Queda así enunciada, en líneas generales la tensa y conflictiva relación entre la Corte de Milán y el César recientemente designado. Estos desencuentros no harán otra cosa que aumentar durante todo el tiempo en que Juliano realice su labor de César, y explicarán claramente las profundas reformas introducidas por él en este campo cuando llegue al cargo máximo. Amiano Marcelino hace de este tema una de sus preocupaciones más constantes.

Pero no sólo provoca extrañeza esta designación debido a la inexperiencia del nominado, sino que además por la compleja relación que había existido hasta ese momento entre Juliano y su primo Constancio. El propio Juliano sostuvo unos años más tarde ante el Senado y Pueblo de Atenas: “Que nuestra línea paterna arranca del mismo origen que la de Constancio es cosa conocida, pues nuestros padres fueron hijos de un mismo padre. Y a nosotros que éramos sus parientes tan cercanos, ese clementísimo Emperador, ¡qué de cosas nos ha hecho! A seis primos míos, que también lo eran suyos;

²⁴ AMIANO MARCELINO, *Rerum Gestarum* XV. VIII, 2. El texto en castellano ésta y de las otras citas tomadas de Amiano Marcelino corresponden a la traducción realizada por Ximena Ponce de León, con la colaboración de Nicolás Cruz.

De ahora en adelante, esta fuente será citada por AMM, más la numeración correspondiente en cada uno de los casos.

²⁵ ZÓZIMO, *Historia Nova*. Libro III. El autor es importante porque epitomizó la biografía de Juliano escrita por Eunapio, que se perdió.

a mi padre que era su tío, y a otro tío común por parte de padre, y a mi hermano mayor, los hizo matar sin juicio, y a mí y a mi otro hermano, aunque quiso matarnos, finalmente nos envió al exilio, del que a mí me llamó, mientras que al otro lo liberó el título de César, aunque fue degollado poco después”²⁶.

Frente a esta acusación formulada por Juliano contra Constancio el año 361 d.C.—recordemos que este discurso tiene un tono justificatorio debido a su reciente “asalto al poder”— se produce una de aquellas notorias discrepancias en las fuentes que se han conservado.

Partamos por Juliano mismo, quien en otro escrito suyo *Elogio del Emperador Constancio*, texto redactado para el Emperador en el año 356 d.C., por lo tanto unos cinco años antes de la noticia que comentamos, pareció absolverlo de la culpa por la referida matanza: “Con justicia y moderación te comportaste con tus hermanos, ciudadanos amigos de tu padre y con tus ejércitos, excepto si en alguna ocasión, obligado por las circunstancias, no pudiste impedir que otros se equivocaran contra tu voluntad”²⁷.

Amiano Marcelino respalda la visión de Juliano: “Mientras en sus actividades de Estado Constancio II era comparable a otros Emperadores corrientes, si descubría algún rumor —importante o insignificante— de aspiración al poder, investigando esto sin fin, y procediendo igual ante lo lícito y lo ilícito, superaba fácilmente la ferocidad de Calígula, Domiciano y Cómodo. Rivalizando en crueldad con éstos, en los comienzos de su reinado hizo desaparecer de raíz a todos sus parientes por sangre y por linaje”²⁸. Eunapio, por su parte, en su *Vida de Filósofos y Sofistas* señala de manera decidida: “Una vez que todos sus parientes hubieron sido condenados a muerte por Constancio, como he referido con más detalles en mi Historia de Juliano, y toda su familia fue despojada por completo, Juliano sólo fue dejado con vida en consideración a sus tiernos años y a su mansedumbre de carácter”.

Sócrates Escolástico en su *Historia Eclesiástica*, III 1. concuerda con Eutropio cuando este último señala: “El (Constantino) dejó por sucesores a sus tres hijos y a un hijo de su hermano, pero el César Dalmacio, dotado de las más grandes cualidades que lo asemejaban mucho a su tío, fue muerto luego por una sublevación militar, consentida, aunque no ordenada, por Constancio”²⁹. La espontaneidad de los soldados pero sin la participación indirecta de Constancio II, es sostenida por Eusebio de Cesárea en su *De Vita Constantini*, IV. 68-69, y por Gregorio Nazianzeno en su *Oratio*, IV. 21. No se puede dudar de las excelentes informaciones con que contaba el primero de estos dos

²⁶ JULIANO, *Discurso al Senado y Pueblo de Atenas*. 3.270. Conviene resaltar que ésta es la primera vez que Juliano expresa esta idea en un lugar público. Sabemos que estas palabras provocaron airadas reacciones en algunos de los presentes.

²⁷ JULIANO, *Elogio del Emperador Constancio*, 12. G. RICCIOTTI, en *Juliano el Apóstata* (Barcelona 1959), resta importancia a esta afirmación señalando que dadas las circunstancias —Juliano era el César de Constancio— no podía decir otra cosa. De ser así, el mismo criterio puede invalidar sus afirmaciones del discurso ante los atenienses, atendiendo a la necesidad de Juliano por justificar “el asalto al poder” recién efectuado.

²⁸ AMM, XXI. XVI, 8.

²⁹ EUTROPIO, IX (V).

escritores recientemente mencionados. Siguiendo a estos autores, habría una segunda línea interpretativa a seguir para comprender la situación.

La diversidad no concluye aquí. Debemos ante todo hacer notar el significativo silencio de Libanio al respecto. Ya tuvimos oportunidad de destacar la importancia de este retórico amigo de Juliano. Es muy probable que de haber tenido alguna información fiable, la habría señalado. Sin embargo, en su *Oración XVIII* se limita a decir lo siguiente: “Cuando Constantino se enfermó y murió, los asesinatos se expandieron prácticamente por toda la familia, alcanzando tanto a los padres como a los hijos. Nuestro príncipe y su hermano mayor escaparon de esta masacre; Galo se salvó debido a que sufría una enfermedad que se pensó lo llevaría igualmente a la muerte, y Juliano porque era un niño recién nacido”³⁰. Es decir, en esta fuente tan cercana a Juliano y tan importante en todo orden de cosas, no hay ninguna mención a los soldados y tampoco a Constancio.

Finalmente, Filostorgio (II.16) refiere una creencia popular según la cual la matanza fue ordenada por el propio Constantino antes de su muerte.

La disparidad que advertimos en las fuentes ha determinado que los historiadores modernos se hayan dividido en la misma proporción al tratar este punto tan importante. E. Gibbon apoya la inocencia de Constancio; Benoist - Mechin sostiene las responsabilidades del Emperador; Bidez nos habla de una acción de los soldados estimulados por Constancio II. Ricciotti y Bowersock, por su parte, se limitan a referir las distintas hipótesis y a no comprometerse en ninguna de ellas³¹.

Esta divergencia, a pesar de su complejidad, merece algunas explicaciones. La primera consiste en recordar que el crónico problema sucesorio en el vértice político del Imperio Romano recrudeció fuertemente durante la segunda mitad del siglo ni y durante el IV d.C., puesto que el débil andamiaje proyectado por Diocleciano se derrumbó bajo los golpes de Constantino, repitiéndose las luchas sangrientas a la muerte de éste. No resultaba muy extraño que la llegada al poder de uno de los aspirantes se lograra sobre la base de la eliminación física de los otros, especialmente si tomamos en consideración que en este período los soldados jugaban un papel determinante en la llegada al poder de algunos de los que habían sido nominados. En una de estas situaciones oscuras y difíciles fue asesinado el padre de Juliano.

Lo que nos parece interesante es resaltar que la posible participación de Constancio II no constituiría un hecho aislado, ni significaría un momento de excepcional violencia en un siglo en el cual las transiciones en el cargo máximo casi siempre tenían esta característica.

³⁰ LIBANIO, *Oratio*, XVIII. 10.

³¹ U. GIBBON, *op. cit.*, ch. XIX; Cfr. BENOIST-MECHIN, *op. cit.* p. 9 y ss; J. BIDEZ, *La Vie de L'Empereur Julien*, (Paris 1960), (1^a ed. 1930), p. 15. Esta biografía sigue teniendo mucho valor y fue escrita por uno de los estudiosos que llegó a conocer mejor la obra de Juliano. Véase a este respecto lo dicho referente a los escritos de Juliano en nuestro capítulo dedicado a las fuentes. Finalmente G. BOWERSOCK, *op. cit.*, p. 23, cierra el tratamiento del problema diciendo “*Whatever the truth of that story...*”, G. RICCIOTTI, *op. cit.*, pp. 12 y ss. El lamento de Jones en su ya citada obra, por la inexistencia de una biografía completa de los sucesores directos de Constantino vuelve a hacerse notar.

Agreguemos, por último, que el tema de la culpabilidad o inocencia de Constancio II fue planteado por el propio Juliano durante los años de gobierno, y puesto como justificación para explicar la sublevación que él había encabezado. Fue entonces, y haciendo uso de la enorme potencia de la publicidad imperial, cuando difundió a los cuatro vientos que el hijo de Constantino había sido el cerebro ordenador de los crímenes.

Para los aspectos fundamentales de nuestro trabajo, nos interesa destacar que Juliano consideró a Constancio II el culpable. Esta convicción se fue acrecentando en el César de Las Gallas en la medida que pasaba el tiempo y aumentó a la par que las tensiones entre ambos. A partir del 356, y cada vez, con mayor insistencia, Juliano comenzó a identificar a Constancio II como el responsable de su tragedia familiar.

La vida de Juliano a partir del asesinato de su padre —era huérfano de madre desde antes— y hasta el año 348, fue la de un relegado. Después de los sucesos del 337 debió residir en Nicomedia, lugar en el cual recibió una esmerada educación por parte del eunuco Mardonio. Galo, su hermanastro, estuvo lejos de él en estos años. Posteriormente, debió habitar en la villa imperial de *Macellum*, provincia de Capadocia. Su educación aquí fue bastante desatendida. Galo y Juliano estuvieron juntos en esta residencia.

En un momento del año 347, Constancio viajó a *Macellum*. Por primera vez en su vida los tres primos se conocieron físicamente. Esta visita cambió la vida de los hermanos. Meses después, Galo fue llevado a la Corte de Milán, Tras una corta preparación administrativa fue designado César del Oriente. A Juliano se le autorizó para seguir sus estudios en los lugares que él eligiese.

Tanto los escritores de la época como los historiadores modernos han aprovechado poco estas noticias. De ellas podemos deducir una primera cosa importante: Constancio, quien no tuvo descendencia directa, pensó en asociar a sus primos al poder en una fecha bastante temprana. Hay que resaltar aquella tendencia de la familia de Constantino por transmitirse el poder entre los parientes. A este respecto veremos cómo fracasado el Cesarato de Galo, el Emperador insistirá con Juliano.

El segundo punto que conviene destacar es que Galo tuvo alguna formación en las cuestiones administrativas. Su llegada al poder fue más gradual que la de Juliano. Es cierto que el breve lapso de tiempo que separa su partida de *Macellum* de su retorno al Oriente, no podía resultar suficiente para hacer de él un hombre versado en el gobierno, pero tampoco es verdadero, como se ha señalado, que Galo pasara sin más de la rústica Capadocia al sofisticado Oriente.

El problema reside en que no estamos convencidos de que Constancio haya planificado las cosas de tal manera que Galo fracasara en su misión y así el Emperador pudiera deshacerse de él. No logra convencernos esta acusación que se encuentra en algunas fuentes. El fantasma de un Constancio II frío y calculador en extremo volverá a agitarse cuando Juliano sea enviado a Las Galias.

Volviendo a la libertad de movimiento que adquirió Juliano luego de la visita del Augusto a *Macellum* —teniendo como única condición el que frecuentase en sus lecciones a maestros cristianos que asegurasen su formación en el credo arriano profesado por el Emperador— lo vemos desplazarse por Constantinopla (348), Nicomedia (349), Efeso (350), Milán (354) y Atenas (355). Este período de viajes fue de intenso estudio, y logró consolidar su cultura griega, aquella que había iniciado en los tempranos días de las lecciones de Mardonio y que no había interrumpido en los años de Capadocia. En un plazo prudente se producirá en el joven estudioso un acercamiento a las formas religiosas tradicionales del Imperio, signadas en esta época por el neo-platonismo al cual Juliano se acercará tan decididamente.

II. Intentaremos ahora dar cuenta del significado de este itinerario formativo de Juliano, tratando, primero, de reconstruir la peregrinatio animae³², y, luego observando como ella tuvo repercusiones políticas.

El tratamiento de estos aspectos implica variadas dificultades para el historiador. La primera radica en que ésta es una cuestión religiosa —la relación de un alma con los dioses— y, debido a la particular forma en que Juliano peregrinó, es filosófica, por cuanto adhirió al neoplatonismo.

Señalemos algo más: una buena parte de los estudiosos han interpretado este período de la vida de Juliano como una etapa del hombre que llegó a ser Emperador de Roma. Ateniéndonos a las fuentes, nos encontramos con los pasos dados por un pariente de Constancio II, quien hasta el año 355 d.C. difícilmente podía imaginar el futuro que le esperaba.

Tener claro este punto permite comprender adecuadamente a Juliano en ese momento específico, superando así la tentación de explicar los hechos de su juventud en función del cargo que posteriormente llegó a desempeñar. Debemos, en este plano, hacer un trabajo totalmente distinto del que realizó Plutarco cuando escribió su biografía sobre Alejandro: páginas memorables en las cuales hasta el más mínimo gesto del joven macedonio lo acercaba al héroe que sería luego del asesinato de su padre. Muy por el contrario, Juliano hasta el 355 fue un marginado del poder —tenemos pruebas suficientes de esto—, y su esfuerzo por configurar una visión de mundo tenía, por ese entonces, la finalidad de satisfacer sus exigencias espirituales, bastante profundas y acuciantes en este caso.

En relación a aquello que acabamos de mencionar, ¿en qué punto de su itinerario se encontraba Juliano al abandonar *Macellum*? Durante su niñez vivió en Nicomedia y allí tuvo como maestro al eunuco Mardonio. Junto a él tomó los primeros contactos con los clásicos, especialmente con Hornero. Por sobre cualquier otra explicación, admitamos la posibilidad de que estos textos, así como los de Hesíodo, le hayan despertado un gran entusiasmo. Juliano, como muchos antes y después de él, vibró intensamente al leerlos. Con estas lecturas y los comentarios con su tutor —que el propio Juliano recuerda con nostalgia— se había abierto una puerta que conectaba a este

³² Respecto de la importancia de los viajes de Juliano como peregrinación, cf. R. MAC MULLEN, *Christianizing the Roman Empire*, U.S.A. (1984), p. 68 y ss. del capítulo *Conversión of Intellectuals*.

joven con un pasado que se le aparecía como glorioso. Encontramos en los escritos posteriores de Juliano algunas referencias a Mardonio donde la agradece la educación recibida³³.

Su partida a *Macellum*, donde estuvo seis años, entre los doce y los dieciocho, es uno de los momentos más oscuros de su vida. Sabemos, el propio Juliano lo señala al intentar una defensa póstuma de su hermano Galo, que la vida allí fue muy solitaria y que él se concentró en el estudio de los clásicos griegos y de la filosofía: “¿Cómo podría hablar de los seis años que pasamos en una propiedad extraña, igual que los que entre los persas son guardados en fortalezas, sin que ningún extranjero se nos acercara, y sin que se permitiera a nuestros antiguos conocidos visitarnos, viviendo apartados de todo estudio serio, de toda conversación libre, educados en medio de una brillante servidumbre y realizando nuestros ejercicios físicos con nuestros propios esclavos como si fueran nuestros camaradas: Pues no se nos permitía que ningún compañero de nuestra edad se nos acercara “Y más adelante, refiriéndose directamente a sus estudios filosóficos, dijo: “Pues si él —Galo— mostró un carácter algo áspero y violento, esto aumentó con su educación montaraz. Y yo creo que es justo que esta responsabilidad recaiga sobre el que nos proporcionó a la fuerza semejante educación, de la que a mí los dioses me purificaron e inmunizaron gracias a la filosofía, pero de la que a él nadie liberó”³⁴.

Fue, como ya señalamos, el abandonar la residencia de Capadocia que se inició esta *peregrinatio animae* que vemos consolidada en creencias íntimas y profundas durante su estancia como César en Las Calías.

Durante su paso por las distintas ciudades: Constantinopla, Nicomedia, Pérgamo, Efeso, etc., tuvo oportunidad de seguir de manera indirecta las enseñanzas del retórico Libanio, quien se convertirá en un gran amigo. La lectura de las lecciones de este maestro reforzó en Juliano su ya marcado Helenismo, y además, lo puso en contacto con un amplio movimiento que tenía lugar en la parte oriental del Imperio: “Para oponerse a las tendencias disolventes —particularismos provinciales, ascetismos antisociales, rebeldías cristianas— el partido de la tradición fue capaz de generar, a inicios de! siglo IV uno de esos renacimientos periódicos del Helenismo, que primero en Occidente, y posteriormente en Oriente, mostrarán su vitalidad imperecible”³⁵.

³³ Probablemente el reconocimiento más grande que haga Juliano a Mardonio se encuentre resumido en una sola frase de su *Consolación a sí mismo por la marcha del excelente Salustio* (2.241). Despidiendo a este amigo, consejero y colaborador de su gobierno en Las Galias que fue Salustio, dice: “Y yo mismo, al probar cómo soporto y soportaré tu marcha, he experimentado un dolor tan grande como cuando por primera vez dejé en casa a mi preceptor” (Mardonio).

Cf. JULIANO, *Misopogón*. 24. 353. Debe atenderse el tono irónico que utiliza Juliano en esta carta a los antioquenos, Tb. en *Contra el cínico Heraclio*, 23. 234, Importante la referencia expresa a la introducción que hizo con Mardonio de los textos filosóficos.

Y LIBANIO en *Oratio*, XVIII 11. reconoce que Mardonio fue un excelente eunuco que estuvo a cargo de la primera educación de Juliano.

³⁴ JULIANO, Discurso al Senado y Pueblo de los Atenienses, 4.271.

³⁵ J.BIDEZ, *op. cit.*, pp. 42-43.

El camino de Juliano había sido hasta ahora uno personal como correspondía a quien viviera marginado durante muchos años. A partir de este momento se insertaba en una de las tendencias más vitales de la época.

El retraso con que Juliano llegaba a este despertar —tenía veinte años en ese momento— le da la gran ventaja de afrontar con mayor madurez las enseñanzas recibidas y de poder desarrollar una mayor crítica frente a ellas. Al rehacer esta *peregrinatio* resulta posible observar un rasgo muy fuerte de su personalidad: tal es su independencia y su deseo de hacerse una idea propia de las cosas. Probablemente haya muchas maneras de entender el problema que estamos abordando, pero sería un craso error ver a Juliano como un dócil alumno llevado de la mano por sus maestros.

No debemos exagerar la profundidad de la relación Libanio-Rerórica-Juliano. En varias ocasiones, este último señaló la distancia que mantenía con la retórica de su tiempo, aunque en última instancia esto fuera la expresión de un deseo más que de una realidad. Ello respondía a su voluntad de buscar un camino propio y directo, más que pensar y escribir como los retóricos³⁶.

Libanio, el más cercano a las fuentes clásicas de entre todos los retóricos del siglo IV, impresionó a Juliano en términos personales, y probablemente en este plano se establecieron las relaciones más profundas. Esta suposición parece confirmarse en las muchas Oraciones que el retórico dedicó a su joven y admirado amigo.

Además de Libanio, Juliano estableció relaciones con el neoplaónico Crisancio. Al calor de esos estudios va a adherir a aquella forma especial de neoplatonismo teúrgico que se practicaba con tanta fuerza entre algunos de los seguidores de Plotino. Ellos, como les criticaba el filósofo Eusebio, habían abandonado la idea básica según la cual “la purificación del alma se alcanza por medio de la razón”³⁷. Muy por el contrario, sostenían que la purificación se desarrollaba por medio de la acción teúrgica: “Si para un teurgo (...) lo divino está invisiblemente esparcido en todo el cosmos, como una primordial onda eléctrica, la acción que conseguía captar esta onda -o sea, lo que inducía a que lo divino se manifestara- era una genuina acción teúrgica”³⁸. Juliano, más sentimental que racional, según Bidez, se acercará a esta forma y no a aquella más racional enseñada por Eusebio. A la hora de entender el alcance del ascetismo místico de Juliano, esta vertiente del neoplatonismo resultará fundamental, pues para quien quisiese acceder a las formas de iluminación sobrenatural eran imprescindibles este tipo de ejercicios.

La peregrinatio no terminó en Crisancio, sino que continuó con el filósofo Máximo en Efeso, con quien penetró gradualmente en las prácticas teúrgicas y llevó adelante su iniciación oficial en esos misterios. Posteriormente en Grecia tomó contacto con Prisco y parece ser que durante su Cesarato en Las Galias ya era un devoto seguidor de Mitra.

³⁶ En su *Elogio al Emperador Constancio*, JULIANO hace mucho hincapié en que sus palabras no seguirán el orden establecido por la retórica para este tipo de discursos. Su lectura, en cambio, nos muestra que no se aleja mucho de las normas fijadas.

³⁷ EUNAPIO, *Vidas de Filósofos y Sofistas*. 475, The Loeb Classical Library. (1968).

³⁸ G. RICCIOTTI. *op. cit.*, p. 46.



Estatua del dios Mitra matando al toro. Actualmente en el Museo Británico

Ha habido, entonces, un camino que lo ha llevado al neoplatonismo y a Mitra. Para quienes conocen mejor este aspecto de la vida de Juliano, este punto de llegada no tiene nada de extraño y es el lógico puerto de las tendencias que estaban presentes en él desde su niñez. El Sol, Mitra-Helios, el Dios-Luz, el Dios-Verdad, fue, en cuanto cuerpo celeste, una atracción muy temprana en el niño que estudiaba con Mardonio en Nicomedia³⁹.

Estas creencias de Juliano tienen algunas implicaciones que traspasan lo puramente religioso y filosófico. Tengamos en consideración que él era un miembro de la familia imperial, y por lo tanto, un hombre poderoso, aunque no deseara ser catalogado como tal y estuviese, por el momento, muy alejado del poder. Pese a sus insistencias a este respecto, sus maestros y condiscípulos lo trataban como a un hombre especial, tal como lo señalan Gregorio Nazianzeno y Libanio, compañero de estudios y maestro, respectivamente. En la medida en que comenzó a manifestar su profunda simpatía por el Helenismo, fue rodeado por un grupo de personas que pusieron en él la esperanza de un movimiento conservador que hiciera volver el poder imperial a las formas culturales y religiosas tradicionales.

Por otra parte, Juliano afirmaba cada día más creencias que eran muy distintas a las de Constancio. Mientras el primero fuera un estudioso de la filosofía, las diferencias no adquirirían mayor dimensión. Pero, a partir del año 355 d.C., cuando llegó a ser gobernador de Las Gallas, sí las adquirieron, para terminar, luego de su “asalto al poder”, convirtiéndose en una de sus banderas de lucha. Es un hecho que durante su Cesarato, optó por mantenerlas en reserva, llegando incluso a asistir a los oficios cristianos para no irritar al Emperador⁴⁰.

³⁹ En el tratamiento de este tema he seguido de cerca las ideas de J. BIDEZ expresadas en su biografía de Juliano. Especialmente importantes por su profundidad, claridad y síntesis, me han parecido los capítulos: *Le réveil de L'Hellenisme*; *Chez les Rheteurs* y *Les premiers appels des Dieux*.

⁴⁰ Es muy abundante el material existente sobre la adhesión de Juliano al neoplatonismo, debido a la importancia que se le ha dado al problema religioso de este período. Las fuentes más informativas son Eunapio, Libanio y los escritos del propio Juliano. Desde una óptica cristiana, marcadamente anti-Juliana, cf. GREGORIO NAZIANZENO, especialmente *Oratio*, IV. También son aclaradoras la *Historia Eclesiástica* de SÓCRATES ESCOLÁSTICO y la de Sozómeno.

Finalmente, conviene resaltar que Juliano comenzó a concebir la posibilidad de estar destinado a jugar un papel importante en la restauración de la cultura tradicional en el Imperio. Esta sensación de sentirse un elegido para esta tarea se va a ir acrecentando con el tiempo. Los dioses, así lo testimonia él mismo en más de una ocasión, se fueron haciendo presentes ante él para indicarle esta elección y para aconsejarle, obligándolo a tomar decisiones sobre las cuales estaba muy confuso.

El credo arriano de Constancio II era antagónico a las creencias de Juliano. El Emperador era muy intolerante respecto de este punto y, además de intransigente en sus postulados, esperaba poder solucionar las diferencias que afectaban a los cristianos, para contar, finalmente, con una iglesia unida que se entendiese y apoyara al poder político. Este era un problema relativamente nuevo puesto que se había iniciado con la política pro-cristiana de Constantino. Como Emperadores, ambos habían presionado fuertemente a los obispos para que llegasen a un entendimiento, el cual lejos de lograrse, se hacía cada día más complicado. Constancio II había otorgado una gran prioridad a la solución de esta situación. Era muy difícil para un César, por lo tanto un colaborador muy cercano, aparecer desligado del problema y promoviendo una recuperación de las creencias no cristianas. Al parecer es cierto que Juliano entendió que debía, en este frente, ofrecer la menor resistencia posible a su primo gobernante.

III. El Cesarato de Galo en Oriente resultó desastroso y respecto de esto existe unanimidad en las fuentes⁴¹. Lo más probable es que desde su cargo aspirase a mayores alturas dentro del Imperio. Al menos así lo creyó Constancio II y de acuerdo con esta

Los textos modernos son muchos, y a los dedicados de manera específica al siglo IV y a Juliano, deben agregarse aquellos que tratan la historia del cristianismo y sus relaciones con el Imperio Romano. De entre ellos destacan los ya mencionados de BIDEZ y BOWERSOCK. RICCIOTTI, citado varias veces, dedica los primeros capítulos de su *Juliano el Apóstata* a este punto. Resulta notable el esfuerzo de este autor por mantener la objetividad histórica en este tema. Esto es doblemente destacable puesto que ésta es la única biografía seria y completa con que contamos en lengua castellana. BENOIST-MECHIN y G. VIDAL le dan gran cabida a este aspecto en sus biografías. Pero ellos, respondiendo a exigencias más literarias que históricas, centran la figura de Juliano en sus prácticas teúrgicas.

Los estudios sobre, la religión romana en este tiempo resultan imprescindibles para quien desee tener una visión general: J. BAYET, *La religión romana*, (Madrid. 1984); J.B. CÁRTER, *The religious life of ancient Rome*, (New York 1972) (1911). El ya clásico libro de J. FERGUSON, *The religions of the Roman Empire*, (New York 1982-1970), toca muy desdibujadamente el tema.

De especial utilidad siguen siendo algunos estudios consagrados por la calidad y por el tiempo al argumento de la Cultura antigua y la Cristiana: G. BOISSIER, *La fin du paganisme*. Germany (1987-1891); P. LABRIOLLE, *La reaction paienne*, (París 1950); N. COCHRANE *Cristianismo y cultura clásica*, (México 1949 - 1939) y O. GIGON, *La cultura antigua y el cristianismo*, (Madrid 1970 - 1966). También encontramos aportes más modernos a este respecto en A. MOMIGLIANO, *Il conflitto tra paganesimo e cristianesimo nel secolo IV*, (Torino 1968), (1° ed. ing, 1963).

Sobre la difusión del cristianismo y sus conflictos con el Imperio a partir de una visión de la historia del cristianismo: M. SORDI, *The christians and the Roman Empire*. (Okiahoma. 1986), y, *Cristianesimo e Roma*, (Bologna. 1965); P. SINISCALCO, *Il cammino di Cristo nell'Impero Romano*, (Bari. 1983); R. Mc. MULLEN, *Christianizmng the Roman Empire*. U.S.A. (1984) y *Paganism in the Roman Empire* U.S.A. (1981).

Para la política religiosa de Constancio, especialmente para el conocimiento de los textos de la época; RAHNER. K., *Chiesa e Struttura nel cristianesimo primitivo* (Milano, 1970) (1961). Sobre la difusión del culto a Mitra en el Imperio, cf. F. CUMONT, *The mysteries of Mithra*. (New York. 1956) (1902) e ib., *Les religions orientales dans le paganismo romain*. (París 1909).

⁴¹ Cf. *Rerum Gestarum*, Libro XIV. Introducción. Traducción y Notas. Ximena Ponce de León. (Universidad de Chile. 1988).

sospecha le ordenó hacer un viaje hasta Milán, donde él se encontraba. Pero, antes de llegar a esta ciudad, Galo fue decapitado.

Todas las informaciones concuerdan en definir el carácter de Galo como violento y arbitrario. Juliano, en su discurso a los atenienses, lo reconoció, agregando que bastaron algunas muestras de Galo para que Constancio II pudiese dar cumplimiento a su acariciado plan de llevar a su primo al poder para luego dejarlo caer y tener un pretexto para ordenar su muerte; (...) inmediatamente lo revistió con el manto púrpura y, en seguida, comenzó a envidiarlo sin descanso hasta darle muerte...”⁴². En otros escritos se habla de manera más directa y ruda de la ambición de poder del César y se le señala como el causante de todos los problemas.

Interesa, para los efectos posteriores, recalcar que nada nos permite pensar que Constancio II haya planificado un acto de hipocresía tal como el de elevar a Galo hasta el poder para luego hacerlo caer. Señalamos esto puesto que más adelante se insistirá en ver el caso de Juliano desde la misma óptica.

La caída y muerte de Galo arrastró consigo a sus más cercanos colaboradores y rozó a Juliano quien se encontraba en Jonia. Este último fue investigado con el fin de averiguar la existencia de posibles lazos conspirativos. Luego de la indagación de rigor, Juliano fue considerado inocente, sin antes tener que pasar por varias situaciones desagradables y degradantes: “A mí me soltó a duras penas, tras arrastrarme de acá para allá durante siete meses enteros y manteniéndome vigilado de modo que si no llega a ser porque algunos dioses, queriendo salvarme, me ofrecieron en aquellos momentos la benevolencia de la bella y buena Eusebia, su esposa, yo tampoco habría escapado a sus manos”⁴³.

Pocos meses después, a causa de la crisis provocada por la invasión de los Germanos en Las Galias, así como por la inestabilidad producida con los asaltos internos al poder que se habían generado en dichas provincias, fue que Constancio II sostuvo ante la Corte la necesidad de nominar un nuevo César que restaurase el poder romano cuestionado. El apoyo de Eusebia resultó fundamental.

La designación de Juliano puede extrañarnos debido a las complejas relaciones que había tenido con Constancio II y por su nula preparación en cuestiones militares y administrativas. Pero no debe resultar raro que, a pesar de todo, se prefiriera un familiar antes que a un funcionario, por muy fiel que éste fuese. Esta era una de las características más asentadas durante el último tiempo dentro del Imperio Romano. No debe asombrarnos que ateniéndonos a la situación tan particular que hemos descrito, el Emperador adoptase una serie de medidas tendientes a mantener al nuevo César bajo control y a impedir el fracaso de Juliano en su cargo; fracaso que podía tener un alto costo para el Imperio.

Para tratar de aclarar los motivos de la designación de Juliano como César de Las Galias y la Britania, debemos tener en cuenta, además de la consolidación de las formas dinástico-familiares en la transmisión del poder, el papel jugado por Eusebia, la mujer

⁴² *Op. cit.*, 4.271.

⁴³ *Ibid*, 4.271.

de Constancio II. Amiano Marcelino muestra que ella fue quien promovió esta candidatura y que le costó bastante sostenerla contra los opositores de la Corte: “La Emperatriz sola enfrentaba a los que se oponían obstinadamente —no se sabe si, temiendo el viaje incierto a tal lejanía (se entiende que habría tenido que acompañar a Constancio II a Las Galias, al no enviar a Juliano) o si por prudencia innata velaba por el bien común— haciendo recordar que un pariente debía anteponerse a todos. Y después de tratar muchas veces este asunto a través de deliberaciones inciertas, la resolución del príncipe se mantuvo firme y rechazadas las discusiones inútiles, decidió asociar a Juliano al Imperio”⁴⁴.

La Corte Imperial experimentó cambios y aumentó su poder durante el siglo IV, siglo que debemos entender como el de la consolidación de la monarquía absoluta que caracteriza al Bajo Imperio. Todo el sistema de grandes oficinas, con importantes funcionarios a la cabeza, tuvo el efecto de generar figuras bastante poderosas en el plano político. Estos grandes funcionarios imperiales parecen haber sido extremadamente celosos de sus prerrogativas y una de las pocas cosas ante las cuales se unían, era en la oposición a figuras individuales que amenazaran sus poderes. Este pasó a ser el caso de Juliano en el momento en que se vislumbraba como César de Las Galias.

La relación de Constancio II con la Corte parece haber sido siempre difícil y compleja. Por de pronto, la mayoría de los testigos e historiadores posteriores lo han considerado un hombre que descansaba demasiado en sus colaboradores, quienes, por lo tanto, acrecentaban su poder a costa de la desidia del Emperador: “Constancio II no fue un hombre de acción, había heredado de su padre el orgullo desmesurado, el gusto por las disputas religiosas y un marcado maquiavelismo. Era el tipo perfecto del Emperador Bizantino”. Jullien, por su parte, lo define como un “Emperador más de palacio que de tienda”⁴⁵. Estas características hicieron que gradualmente algunos de los asuntos más importantes quedasen en manos de los múltiples funcionarios que lo rodeaban. Amiano Marcelino, acerbo crítico de estas formas dentro del gobierno, señala las dificultades que hombres como Juliano tuvieron para acercarse al Emperador y hacerle llegar sus proposiciones.

La designación de Juliano como César de las Galias y Britania parece ser una de las escasas decisiones que el Emperador tomó en contra de las sugerencias de sus asesores.

Eusebia fue una figura de gran connotación y sus actuaciones en el plano político no parecen haber sido fugaces. La óptica correcta para entender sus actuaciones es la de la defensora de las prerrogativas del poder del Emperador, y en esto chocaba de manera constante con los integrantes de la Corte. Lo más probable es que ella tratase de defender y solidificar los derechos y atribuciones de su marido, más que los de Juliano, como en algunas ocasiones se ha creído ver.

⁴⁴ AMM., XV VIII. 3; ZOZIMO en *op. cit.*, libro III señala que Eusebia fue decisiva en la nominación de Juliano y agrega que la máxima reserva de Constancio II era por las dudas que tema sobre la fidelidad que le guardaría Juliano. LIBANIO en su *Oratio XVIII* no menciona nada sobre Eusebia respecto al nombramiento de Juliano, pero sí señala la ayuda que le prestó cuando era investigado por su presunta complicidad con Galo.

⁴⁵ J.J. HATT, *op. cit.*, p. 296. C. JULLIEN, *op. cit.*, p. 157, vol. VII.

En octubre del año 355, Juliano fue llamado a Milán y el 6 de noviembre del mismo año recibió su nominación con el encargo de presentarse lo antes posible en el territorio asignado. Se casó de acuerdo a la costumbre política vigente, con Helena, hermana del Emperador⁴⁶. Y luego, el viaje a Las Galias del nuevo César.

¿El nuevo César? El problema que se presenta no es nada fácil. No tenemos certeza sobre el significado de las condiciones en que partió a hacerse cargo de las mencionadas provincias. Una línea de información que se desprende de las fuentes, encabezada por Libanio, nos refiere que la intención de Constancio II fue enviarlo a afrontar desafíos que no iba a poder superar y que moriría en el esfuerzo: “El (Constancio II) dio pruebas inmediatas de que lo enviaba a la muerte más que a la victoria...”⁴⁷.

Amiano Marcelino no recoge completamente esta idea pero resalta la dependencia de Juliano con respecto al Augusto, quien rodeó al nuevo César con funcionarios de su confianza y mantuvo las riendas económicas de la administración de Las Galias y Britania. Las fuentes cristianas resultan mucho más ecuanímes y clarificadoras a este respecto.

Los historiadores modernos, una vez más, reproducen el estado de confusión que observamos en las fuentes. Una autoridad en la materia, A.H.M. Jones, dice lo siguiente: “La designación de Juliano, en un inicio, tuvo poderes limitados, cosa que ya había sucedido con Galo. Dependía de los funcionarios que le había asignado Constancio II, así como de su tesoro, de modo tal que los beneficios económicos de los soldados del Oeste dependían del Emperador”⁴⁸.

Toda la expresión de Jones debe ser comentada para tratar de aclarar el asunto. Primero se debe señalar que la condición de César era extremadamente incierta en el período del cual estamos hablando, pues no existía claridad sobre el significado y alcances de este cargo. La historia política reciente —y con esta expresión entendemos la que se inaugura con Diocleciano— había demostrado confusión respecto de este tema. Entonces, si los poderes del César eran aquellos que el Emperador se decidía a entregarle, difícilmente se puede hablar de “poderes limitados”, y menos entenderlos, como se hace en otros casos, como “condiciones disminuidas”.

Para entender este problema debemos recordar lo que ya hemos tenido oportunidad de señalar sobre la necesidad creciente de los Emperadores por compartir el poder. La forma concreta de llevar esto a la práctica alcanzó variadas maneras a partir

⁴⁶ P. ALLARD, *Julien L'Apostat* (París. 1906), 3 vols. p. 343. vol. 1.: “El matrimonio parece haber sido impuesto a Juliano por Constancio, siguiendo una indicación de Eusebia. Fue una de esas tristes cosas de la política donde el corazón no tuvo parte alguna. Nosotros no sabemos casi nada acerca de Helena. No nos ha llegado descripción alguna sobre su figura, inteligencia, ni sobre su carácter”.

⁴⁷ LIBANIO, *Oratio*, XVIII. 36 y 37. Eunapio, por su parte, en *Vida de Sofistas y Filósofos*, dice: “En calidad de César fue enviado a Las Galias, no tanto para que gobernara aquella región cuanto con el fin de que muriera de forma violenta mientras desempeñaba su cargo Imperial..”. Recuérdese siempre que Eunapio escribió una difundida biografía sobre Juliano, hoy pérdida. También ZOZIMO retoma esta idea en el libro III de su *Epítome*.

⁴⁸ A.H.M. JONES, *op. cit.*, pp. 56 y 57.

de Diocleciano. La tetrarquía ideada por este Emperador resultó exitosa en un primer momento, pero al descansar más en la *auctoritas* de su creador que sobre las bases reales de poder, comenzó a derrumbarse casi un año después de su renuncia voluntaria al cargo máximo del Imperio (1 de mayo del 305). En la organización tetrárquica, y ésta debe ser entendida como un intento práctico de solución a los problemas planteados en el siglo III, aparecieron los Césares subordinados de los Augustos y como sus eventuales sucesores. Pero el asalto al poder iniciado por Constantino y seguido por Magencio, junto con evidenciar la fragilidad del sistema, volvió a confundir la situación, puesto que todos los aspirantes se presentaron como Augustos, incluyendo a aquellos que legítimamente ostentaban el cargo de Césares.

El gobierno de Constantino, iniciado como una diarquía y continuado como una monarquía se vio enfrentado en breve a la misma necesidad profunda que había tratado de solucionar la tetrarquía: “La tetrarquía naufragó en las guerras civiles que siguieron a la abdicación de Diocleciano, pero la idea directriz —la necesidad práctica de una división— convertida desde entonces en familiar para los soberanos tanto como para sus súbditos, les sobrevivió en su doble forma política y administrativa”⁴⁹.

El testamento político de Constantino es el mejor ejemplo del peso de esta exigencia. La violenta y prolongada lucha sucesoria sostenida al interior de la familia logro solucionarse con el triunfo de Constancio II, quien volvió al poco asentado y frágil sistema de designación de Césares, haciendo recaer este cargo en Galo y luego en Juliano. Los Césares recibieron tareas específicas y dada la particular evolución histórica en ambos casos no sabemos cómo se habría desarrollado la convivencia política con el Emperador de haberse mantenido en el tiempo.

Por otra parte, la expresión “los funcionarios que le había asignado Constancio II debe ser analizada de manera cuidadosa. Al menos tres de los personajes involucrados estaban en Las Galias antes de la llegada de Juliano. Ellos son Ursicino, quien residía en el territorio desde que sofocó la rebelión de Silvano en el año 355; Marcelo, el jefe de la caballería y Florencio, el jefe del pretorio de Las Galias. Por mucho que los últimos dos hayan chocado con Juliano, no se puede afirmar que su designación haya sido hecha para fiscalizar al César, aunque con esto no descartamos el hecho de que recibieran instrucciones en este sentido. Salustio otro de estos funcionarios, terminará convirtiéndose en el hombre más cercano a Juliano.

Hemos intentado hacer ver las dificultades existentes para sostener que Juliano partió en una posición excesivamente desmedrada a Las Galias y cuyo destino era el de encontrar la muerte en los campos de batalla. En este punto nos parece acertado lo que señala Sócrates Escolático: “Algunos han afirmado que Constancio II lo envió contra los bárbaros con la esperanza que él pudiese morir en las luchas contra ellos. No sé quien dice esto hablan con la verdad, pero no parece probable que él (Constancio II) haya establecido una alianza tan cercana y luego haya pensado su destrucción

⁴⁹ Cf. L. HOMO, *Las instituciones políticas romanas*, (México. 1958), p. 263.

contraviniendo sus propios intereses”. Sozómeneo, por su parte, insiste sobre el absurdo de nombrar un César “para desearle la muerte”⁵⁰.

No parece probable, entonces, que en circunstancias tan complejas, el Emperador llevase adelante un plan tan absurdo como el señalado. Una visión acuciosa de la situación de Las Galias en ese momento nos dejará muy claro que había allí un conflicto que no se prestaba para complicados juegos de poder.

I. Las Galias estaban afectadas por la presión de los Germanos que cruzaban el Rin y desarticulaban las zonas económicamente más importantes del Occidente Romano.

Efectivamente, desde fines del siglo I d.C., esta región había pasado a constituirse en un centro de manufactura y comercio de primer orden, con gran desarrollo de la industria de la piedra, utilizada profusamente en las construcciones de edificios en los campos y en las ciudades, y la de la cerámica, probablemente la más significativa: “Nuevamente, y ahora por lo que se refiere a la industria de la cerámica, la impresión es de una gran vitalidad. A su respectiva altura, cada uno de los centros de producción satisfacían las demandas de un considerable mercado interno y exportaba sus artículos bastante más allá de Las Galias, especialmente a las provincias del Occidente y particularmente a La Britania”⁵¹. Aunque posteriormente decayese el gusto por la cerámica y aumentase la demanda por los productos de vidrio, también esta industria alcanzó un desarrollo digno de mención en estas provincias, especialmente en la zona del Rin, siendo Colonia Agripina el centro de esta actividad. Como sostiene el ya citado Drinkwater: “La economía de la Roma Renana ha recibido una particular atención y como cualquier otro lugar de Las Galias, su historia es la de la explotación de los recursos naturales, de la manufactura de productos comerciados largamente en Occidente, y más allá de la frontera imperial hasta la Germania libre, así como la importación de un gran número de productos. El puerto fluvial de Colonia era el punto nodal de esa actividad (...)”⁵².

Este progreso no sólo resulta verificable por sus altos índices industriales y comerciales, puesto que hay otros aspectos que deben ser tomados en cuenta. Si observamos el desarrollo urbano, uno de los ámbitos en los cuales la romanización fue más decisiva, vemos que en estas provincias hubo un avance significativo a este respecto. Tanto es así que el mapa de fines del siglo II nos muestra un territorio cubierto con centros urbanos de mediana y gran importancia, todos conectados por una elaborada red de caminos. Estos últimos eran el producto de la política seguida por Adriano y de la larga paz del período de los Antoninos.

Este desarrollo de la industria y del comercio, de la ciudad y del campo no, puede ser concebido separado de un avance social. En efecto, uno de los hechos que más resalta es el desarrollo social y la adhesión de los aristócratas galos al sistema

⁵⁰ Cf. SÓCRATES ESCOLÁSTICO, *Historia Eclesiástica*, III 1; SOZOMENO, *Historia Eclesiástica* V. algunos han dicho que Constancio le encargó esta campaña con malevolencia, pero esto no me parece posible. ¿Para qué, siendo un asunto de Constancio si lo nombraba o no, le iba a conceder ese título?

⁵¹ J. DRINKWATER, *Roman Gaule. The three provinces*, U.S.A. (1983), p. 188.

⁵² *Ibid.*, p. 109.

establecido por el conquistador romano. Lo que los estudiosos modernos han registrado con mayor claridad es que el comportamiento de los galos ante el sistema impuesto fue de cooperación y que hicieron grandes inversiones de dinero en edificios públicos y privados, manteniéndose esta tendencia en forma ascendente durante los dos primeros siglos y en un período significativo del tercero. Estas inversiones parecen haberse realizado primero en las ciudades y posteriormente en los campos. Los efectos culturales de esta romanización quedan a la vista en la tendencia que se dio entre los provinciales por emular (*aemulatio*) las formas de vida romanas.

La crisis que afectó a todo el mundo romano en el siglo III no parece haber representado una alteración inmediata en la vida de esta zona. La mayoría de los estudios, especialmente los más recientes, insisten en que los efectos de la crisis se comenzaron a observar hacia fines del siglo, profundizándose así la idea que expresara Rostovtzeff hace ya algunos años: “Esta depresión de la vida comercial se debía en gran parte al peligro constante que se cernía sobre las provincias más civilizadas y más ricas. Ya hemos hablado de las repetidas invasiones de los germanos en Galia, y especialmente de la catástrofe del 276 d.C., cuando las regiones más ricas fueron devastadas y saqueadas y la mayor parte de las ciudades sufrió tales depredaciones que no hubo restauración posible para ellas”⁵³.

Una afirmación como la anterior no puede ser entendida en un sentido absoluto, es decir, pretender que a lo largo de la mayor parte del siglo tercero la crisis del Imperio no haya tenido repercusión alguna en el territorio galo. Sabemos que la fortificación de ciudades y de lugares rurales se dio durante la primera parte de dicho siglo y que varios puestos de la frontera empezaron a sufrir la presencia de los germanos. Nuestra idea, entonces, es hacer referencia a la tendencia predominante en las provincias, y en este caso se advierte la continuidad más que la ruptura en las formas económicas y sociales de vida.

La intensificación de la crisis hacia fines del siglo III habría terminado por afectar la vitalidad económica de Las Galias. La paz de los tiempos de Diocleciano y de Constantino había restaurado una situación que volvió a agravarse, ahora en forma más radical, bajo los tiempos de Constancio II.

A la muerte de Constantino -337 d.C.-, estas regiones quedaron bajo el mando de Constante. Existe consenso de que este hijo de Constantino el Grande realizó un buen gobierno. La situación de tranquilidad y recuperación se vio bruscamente interrumpida por la sublevación de Magnencio en el año 350, la cual significó la muerte de Constante, el Augusto de Occidente, y un costo en vidas humanas del cual estas provincias no se pudieron recuperar: “Es muy difícil develar las causas de esta revuelta. Constante fue un buen Emperador y no había fallado en su rol de protector de Las Galias. Puede ser que su intransigencia con los soldados y su política de deflación económica lo hayan hecho impopular. C. Jullien ha supuesto que estos *Aeudos* estaban

⁵³ M. ROSTOVITZ, *Historia económica y social del Imperio Romano*, España (1962) (2° ed. inglesa 1957) pp. 389. vol. 2. DRINKWATER, *op. cit.*, por su parte, p. 219 y ss. profundiza esta idea de la repercusión tardía de la crisis en Las Galias y destaca el bienestar económico para las diversas zonas de las provincias.

celosos de la supremacía otorgada a Treves”⁵⁴. El ya mencionado Jullien agrega una importante noticia: “A la impopularidad de Constante se agregaba la desenfrenada ambición de los soldados bárbaros, introducidos de manera muy imprudente a la cabeza del ejército por Constantino, sin duda para poder disminuir la influencia de los jefes antiguos, paganos y tradicionalistas. Esta promoción de jefes bárbaros provocó una reacción que se desarrolló más tarde bajo la forma de anti-germanismo en las clases dirigentes del Imperio. Constante, un hombre amante de las bellas letras y de la retórica, participaba, sin duda, del sentimiento exclusivista de la aristocracia romana. El menosprecio a los oficiales llegados hace poco y se negó a hacerles deferencias y honores”⁵⁵. El complot habría proveniendo de este sector mas que de un general determinado.

La sublevación de Magencio, reconocido rápidamente como Augusto en Las Galias, África, Roma y Cirenaica, estimuló otras dos usurpaciones, la de Vetranio en Iliria y la de Nepotino en Roma.

La defensa del Estado Romano fue asumida por Constancio II, el único sobreviviente de los hijos de Constantino y Augusto de la *pars orientalis*. La batalla en la cual enfrentó a Magencio tuvo lugar en Mursa y a juzgar por los datos que entregan historiadores como Hatt, es posible concluir que fue de grandes proporciones y una de las más violentas del Bajo Imperio. Magencio habría perdido veinticuatro mil hombres y Constancio II un número cercano a los treinta mil. Las consecuencias fueron decisivas para la futura vida del Imperio y especialmente para la zona de Las Galias, escenario principal de la lucha: “Los cuerpos de batalla del Imperio quedaron reducidos a la mitad”... “A partir de este funesto año del 351, comenzó para el Imperio su decadencia militar y su impotencia ante las invasiones de los bárbaros”⁵⁶.

El intento de usurpación de Magnencio tuvo, además de la gravedad ya señalada, consecuencias inmediatas de gran importancia. La primera de ellas fue el debilitamiento de la frontera durante la sublevación y la dificultad de reforzarla en los años inmediatamente siguientes. Está comprobado que fue durante la lucha entre Constancio II y Magnencio que se produjo una profunda penetración de los germanos en el Noreste de Las Galias, especialmente en la orilla derecha del Mosela y en la zona de Aisacia. Con esto quedó abierto un problema muy grave al cual Juliano trató de dar una solución definitiva.

⁵⁴ J.J. HATT., *Histoire de la Gaule Romaine. ¿Colonisation ou colonialisme?*, (París. 1959), p. 292.

⁵⁵ C. JULLIAN, *Histoire de la Gaule Romaine*, VIII vols. (Paris 1908 - 1926), Vol. VII (1926) p.152.

⁵⁶ J.J. HATT, *op. cit.* pp. 292 - 293. Esta noticia procede, como la mayoría de las descripciones que tenemos sobre este hecho, de EUTROPIO, *Breviarum ab Urbe Condita* (XXII) “Poco tiempo después, Magnencio fue totalmente derrotado en Mursa, aunque él no fue hecho prisionero. Ese día costó al Imperio sus fuerzas principales que bien pudieron haber sido ocupadas en las luchas contra los pueblos extranjeros y contribuir a la seguridad y a los triunfos del Imperio”.

Una noticia importante sobre Magencio se encuentra en *The Late Roman Empire* de JONES p. 326, donde se señala que este general no habría sido la figura central del complot, sino que había sido puesto allí por influyentes personajes del mundo galo quienes, como se estaba haciendo habitual en aquel período, no querían asumir directamente los compromisos de los cargos máximos.

La segunda consecuencia fue la extrema sensibilidad con que el poder central, y sobre todo los integrantes de la Corte, miraban e interpretaban los movimientos de los magistrados encargados de las provincias. Esta suspicacia exagerada hizo que Silvano, *comes et magister militum*, fuese acusado ante Constancio de intentar un nuevo alzamiento en el territorio. En este caso las fuentes son unánimes en señalar que no existió tal intención en ese magistrado y que fue más bien la acusación, así como el convencimiento por parte de Silvano de que no podría demostrar su inocencia, lo que generó la sublevación: “Entretanto Silvano que se encontraba en Colonia, sabía con certeza, gracias a los continuos mensajes de sus partidarios, lo que hacía Apodemio para arruinar su situación. Y puesto que conocía el ánimo maleable del inconstante Emperador, temeroso de ser asesinado estando libre de culpa, y sin ser oído, como se sentía expuesto a dificultades muy grandes, pensaba entregarse a la protección de los bárbaros” ... “Convencido —Silvano— de que en las condiciones actuales no había nada seguro, se dejó arrastrar por proyectos extremos, y poco a poco conversó con los más altos oficiales, animándolos con la magnitud de las recompensas prometidas y, arrancando por un momento los adornos de púrpura de los dragones y de las insignias, se elevó a la dignidad imperial”⁵⁷.

Entre la sublevación de Magnencio y la de Silvano la situación seguía deteriorándose. Hemos visto como en el plano interno remaba la confusión. Los germanos, por otra parte, seguían irrumpiendo en el territorio: “Los alemanes cruzaron el Rin y se apoderaron de las plazas que defendían la frontera: Argentoratus (Estrasburgo), Nemetes (Espira) y Borbetomagus (Worms). La capital misma de la provincia de la Germania Superior fue tomada por la fuerza. Colonia, ciudad-cabeza de la Baja Germania, resistió para concluir sucumbiendo en Noviembre del 355”⁵⁸.

Como se puede apreciar, la situación de Las Gallas al momento de la llegada de Juliano era delicada. El César recién llegado la definió en los siguientes términos: “Inicio la campaña cuando el trigo está en sazón y un gran número de germanos habitan sin ningún temor alrededor de las arrasadas ciudades de los galos. El número de ciudades cuyas murallas estaban destruidas era de unas cuarenta y cinco, aparte de los baluartes y pequeñas fortalezas Y la extensión de tierra que cultivaban los bárbaros a esta parte del Rin abarcaba desde sus fuentes hasta el Océano. Los que se encontraban más próximos a nosotros distaban trescientos estadios de las orillas del Rin, y de una extensión triple era la llanura desértica que habían formado con su pillaje, adonde ni siquiera podían los celtas llevar a pastar sus rebaños, y algunas ciudades, en torno a las cuales no se habían establecido todavía los bárbaros, habían sido abandonadas por sus habitantes”⁵⁹.

La visión entregada por Juliano tiene un amplio respaldo en las otras fuentes del período Amiano Marcelino señala: “(...) Pero Constancio se inquietaba por los continuos mensajes que le anunciaban que Las Galias ya estaban perdidas, sin que nadie se opusiera a los estragos de los bárbaros que devastaban todo”⁶⁰. Orosio nos informa

⁵⁷ AMM., XV. V. 15,16.

⁵⁸ F. LOT, *La Gaule: les fondements ethniques, sociaux et politiques de la nation française*. (Paris 1967)(1° edic. 1949) p. 260.

⁵⁹ JULIANO, *Discurso al Senado y al Pueblo de Atenas*, 279.

⁶⁰ AMM, XV. VIII 1.

que las ciudades “(...) estaban destruidas y asoladas por el enemigo”. Claudio Mamertino, junto con reafirmar la noticia del comportamiento violento de los germanos, agrega: “Las ciudades, en otro tiempo las más florecientes y las más antiguas, estaban en posesión de los bárbaros: aquella celebrada nobleza de los galos o bien había muerto al filo de la espada, o bien, sometida a crueles señores, se encontraba en esclavitud. A aquellas a las cuales su lejanía les había preservado de las devastaciones de los bárbaros, eran presa de abominables bandidos que se daban el nombre de gobernadores”⁶¹.

Pese a las impresionantes descripciones que encontramos en las fuentes, la crisis era todavía revertible en la medida que el vigor de las provincias, así como la infraestructura romana en ellas, seguía presente. Lo que se requería para salvar la situación era la decisión de realizar una restauración profunda por parte del poder romano. En esta obra se empeñará el nuevo César, pero lo hará llevando adelante una política muy decidida que tratará de restituir el poder perdido en cada una de las áreas vitales de estas provincias. A este intento lo llamaremos la “restauración total”, para diferenciarlo de la política implementada por Constancio II quien pensaba la pacificación de la provincia mediante un acuerdo con los germanos. Juliano, por su parte, no sólo logrará la pacificación sino que propondrá reformas administrativas que devolverán a Las Galias todo su esplendor.

Más allá de cualquier discusión sobre los motivos que haya tenido el Emperador para designar a Juliano, problema sobre el cual hemos adoptado una posición en las páginas precedentes, nos parece que la misión del César consistió en restaurar la deprimida situación que hemos descrito.

II. La primera campaña de Juliano en el territorio de Las Galias tuvo lugar en el año 356. Salió desde la ciudad de *Vienna*, centro administrativo donde nunca se sintió cómodo puesto que era la residencia de los funcionarios provinciales más importantes, en dirección hacia *Augustodonum* con el objeto de liberarla del asedio a que estaba sometida por parte de los germanos⁶². Esta primera expedición fue exitosa para los romanos y le permitió encaminarse hacia *Durocortorum*, debiendo cruzar un extenso territorio que le era desconocido (ver mapa 1). Allí se encontró con Marcelo y Ursicino, ambos encargados de las tropas romanas. Desde esta ciudad, el César dirigió a sus soldados hacia *Argentoratus* para brindarle a Constancio II el apoyo que requería para

⁶¹ OROSIO, *Historias*, VII. 29, CLAUDIO MAMERTINO, *Discurso de acción de gracias de Claudio Mamertino al Emperador Juliano por su consulado*. IV. 1,2. En el mismo sentido, cf. ZOZIMO, *Historia Nova*, libro III en el cual habla de las cuarenta ciudades que habían sido asaltadas por los germanos.

LIBANIO en *Oratio*, XVIII. 33 y ss. ofrece una descripción dramática de la situación; “Aquellas ciudades que escaparon al saqueo debido a sus sólidos muros no contaban sino con muy pocas tierras: sus pueblos estaban afectados por el hambre y debían recurrir a cualquier cosa que les pudiese servir de alimento (...)” (35).

⁶² Reproducimos las campañas militares dirigidas por Juliano. Las noticias las hemos tomado directamente del texto de Amiano Marcelino. Los dos mapas que presentamos a continuación han sido confeccionados teniendo a la vista aquellos que se incluyen en el texto de AMIANO MARCELINO editado por Les Belles Lettres. Hemos consultado también el *Grosser Historischer Weltatlas I*, Batenscher Schulbuch - Verlag. (München 1972), y el *Ancient History Atlas* de M. GRANT, Great Britain, (1971).

enfrentar a los alamanes en la *Raetia*. Finalmente los ejércitos imperiales no entraron en combate abierto con los bárbaros sino que el Augusto aceptó las ofertas de paz solicitadas por los invasores.

En esta primera acción militar podemos apreciar una manifestación del carácter enérgico y decidido de Juliano, puesto que en vez de poner fin a las operaciones en el momento que el Emperador llegó a un acuerdo con los alamanes y encaminarse hacia el centro del territorio, dirigió a las tropas por la orilla del Rin en dirección Norte, recorriendo las ciudades del *Argentoratus*, *Confluentes*, *Rigomagus*, *Turris* y *Colonia Agripina* (ver mapa). Al realizar esta expedición, estuvo en el epicentro mismo del conflicto con los germanos, experiencia que le resultará muy provechosa en los futuros enfrentamientos. Luego de este recorrido, volvió a la ciudad de *Treverorum* y de allí a la ciudad de los Senones, en las cercanías de *Lutetia*, el actual territorio de París.

Cabe preguntarse por el sentido de esta expedición. Podemos encontrar una respuesta parcial en el hecho de que el César fue a auxiliar a las tropas de Constancio II, pero ¿por qué una prolongación hacia el resto de las ciudades del río? Es posible sostener que tuvo en la mente la idea de recorrer personalmente los territorios que le habían sido asignados, y más aún, que proyectaba conocerlos en su totalidad en la medida que transcurriera el tiempo. Así pues desde los inicios de su Cesarato, Juliano estuvo preocupado por demostrar que conduciría personalmente las operaciones militares, sin contentarse con un papel secundario en un centro administrativo.



63

Las campañas del año siguiente —357 d.C.— marcaron el inicio de la restauración del poder romano en estas provincias y fueron decisivas para la consolidación de Juliano en su cargo.

Para la adecuada comprensión de los sucesos del año recién mencionado, debemos tener en consideración lo sucedido durante el invierno en la ciudad de los *Senones* donde Juliano descansaba luego de sus primeras expediciones en los pueblos fronterizos. De manera sorpresiva la ciudad fue asaltada por los germanos y el César se encontró en una situación de extrema dificultad: “Mientras el César sopesaba estos problemas con inquietud, fue atacado por un gran número de enemigos enardecidos por la creciente esperanza de apoderarse confiadamente de la ciudad, porque unos desertores que se presentaron les habían hecho saber que ni los escutarios ni los gentiles se encontraban con Juliano, sino que estaban repartidos en las ciudades municipales para alimentarlos con más comodidad que antes. Así, después de cerrar las puertas de la ciudad y reforzar una parte poco segura de las murallas. Juliano era visto de día y de noche con hombres armados en los muros y en las almenas, estremeciéndose de ira y casi rechinando los dientes, cuando sus tentativas por echarlos con violencia a menudo eran frustradas por el escaso número de tropas de que disponía. Finalmente después de treinta días, los bárbaros se retiraron abatidos, musitando que el sitio de esta

⁶³ Los mapas para la publicación original fueron confeccionados por la geógrafa Loreto Manzano. Para esta edición electrónica han sido actualizados por Constanza Rojas Zavala.

ciudad había sido planeado vana y estúpidamente⁶⁴. Marcelo, comandante de la caballería romana, quien invernaba con sus tropas en las cercanías y desde donde podía acceder rápidamente al lugar amenazado, no acudió en su ayuda y dejó que las escasas tropas de Senones hiciesen frente a la situación. Amiano Marcelino resume el sentimiento que despertó la actitud de Marcelo: “Y, lo que debe ser considerado como una indignidad: cuando César estaba en peligro, Marcelo, el maestro de caballería que cumplía sus funciones en puestos vecinos, retardó el envío de refuerzos. Mientras que debía haberla librado de las calamidades de un asedio con la intervención de las fuerzas, aun cuando la ciudad hubiera sido atacada sin estar allí el príncipe”⁶⁵.

Debemos detenernos para analizar en profundidad los hechos mencionados. Lo primero que nos interesará destacar es que a raíz de su comportamiento, Marcelo fue destituido por Constancio II, pese a que el jefe de la caballería se dirigió a *Mediolanum* (Milán) y dio al Emperador una versión distorsionada de los hechos. Juliano, por su lado, envió al eunuco Euterio a la Corte⁶⁶ con la misión de realizar una defensa verbal de su comportamiento y de entregar dos panegíricos, uno dirigido al Emperador y el otro a la Emperatriz Eusebia⁶⁷.

Las acusaciones de Marcelo y la defensa de Juliano en la Corte constituyeron el último capítulo de una disputa que se había iniciado en el momento mismo de la llegada del César a las provincias galas, cuando el joven primo de Constancio II dio a entender que no iba a quedarse al margen de las operaciones militares y comenzó a desarrollar una intensa actividad que molestó al jefe de caballería. Junto a esto, parece probable que él haya manifestado su independencia frente a los otros oficiales de la provincia, mostrándose proclive a acciones individuales más que a aquellas de conjunto. Sócrates Escolástico señala: “A partir de ese momento —luego de la derrota de Silvano— estos generales, habiendo llegado a obtener un poder tal, se relajaron frente a sus obligaciones, producto de lo cual los bárbaros aumentaron su poder. Juliano, percibiendo esto, no se opuso a la lujuria y la vida disipada de los generales, pero se dedicó a infundir ánimo a la tropa, ofreciendo una recompensa a cualquiera que matara

⁶⁴ AMM. XVI, IV, 1 y 2.

⁶⁵ AMM., XVI, IV, 3.

Las referencias que a este respecto se encuentran en Eunapio y Libanio son indirectas. El primero señala: “Atravesó el Rin, derrotó y subyugó a todas las tribus bárbaras de más allá de este río, y esto a pesar de los numerosos proyectos y emboscadas que se tejieron en contra de él (...) *op. cit.* En De Máximo. Por su parte, LIBANIO, *Oratio*. XVIII, 48 sostiene; “Aquel comandante que se mostraba cobarde ante el enemigo y valiente para castigar a su propio pueblo fue depuesto (...)”.

JULIANO, por su parte, en el Discurso al Senado y Pueblo de Atenas, 278 afirma: “ (...) Pues no podía reunir un ejército, porque otro era su dueño, y quedé encerrado con unos pocos soldados y, cuando se me pidió ayudando las ciudades vecinas, les envié la mayoría de los que disponía, quedándome yo mismo solo. Así sucedió aquello, pero cuando también el jefe del ejército fue objeto de sospechas, el Emperador lo retiró y apartó del cargo (...)”.

⁶⁶ Sobre la figura de EUTERIO, cf. AMM., XVI. VII, 4. Para el autor de *Rerum Gestarum* se trata de una persona de gran solidez moral en un ambiente corrupto como el de los eunucos. Estos últimos son atacados varias veces de manera expresa en el texto: XVI. VII, 9 y XXVII. XII 6.

⁶⁷ Seguimos la datación establecida por Bidez, vale decir, aquella que sostiene que los *Elogios* fueron redactados luego del conflicto con Marcelo. Otros estudiosos, en cambio, han pensado que fueron escritos apenas Juliano fue designado Cesar de Las Gallas y Britania.

a un bárbaro⁶⁸. Esta medida debilitó efectivamente al enemigo y al mismo tiempo le concitó el afecto de los ejércitos”⁶⁹.

Esta tensa situación se dio desde un principio y los sucesos de la ciudad de los Senones contribuyeron a ella. Ante esta primera dificultad, Juliano contó con el apoyo de Constancio II. La versión presentada por Marcelo no encontró eco en la Corte y su destitución fue confirmada.

Amiano Marcelino nos ofrece un vivo cuadro de la discusión que se sostuvo delante del Emperador: “(...) Pero Marcelo sin saber esto llegó pronto a Milán, haciendo ruido y alborotando —pues era embustero y más cercano a la demencia—. Admitido en el Consistorio, acusó falsamente a Juliano de ser un insolente y de estar preparando desde ya alas más vigorosas para remontarse. Así pues hablaba con un desmesurado movimiento del cuerpo. Mientras él inventaba estas cosas muy libremente, Euterio —tal como lo pidió Juliano— se presentó, e invitado a decir lo que quisiera, manifestó con modestia y mesura que la verdad se ocultaba con mentiras; pues mientras el maestro de infantería y de caballería —como se creía— permanecía en deliberada inacción, el César sitiado en *Senones* había resistido por largo tiempo a los bárbaros con diligente vigilancia, y que Juliano sería fiel servidor de su Emperador mientras viviera, de esto Euterio respondía comprometiendo su propia cabeza”⁷⁰.

Además de estas noticias que nos transmite Amiano Marcelino, contamos con los dos panegíricos ya mencionados. Resulta necesario aclarar que ellos no se refieren de manera directa al problema que estamos tratando, puesto que este tipo de situaciones no tienen cabida en los Elogios, género literario bastante usual y reglamentado en aquella época. Pero, su importancia radica en que constituyen una declaración pública de fidelidad del César al Emperador y a su esposa, cuestión muy oportuna puesto que la acusación de Marcelo era que precisamente el César pretendía alzarse con el poder⁷¹.

Nuestro interés por lo que a estos dos *Elogios* respecta, consiste en la posibilidad de analizarlos —especialmente el dirigido a Constancio II— como textos en los cuales Juliano muestra su fuerte personalidad, estableciendo sus cercanías y distancias con el Emperador.

A lo largo de las páginas del texto resultan bastantes claras las cercanías, tal como corresponde en un escrito de esta naturaleza. Su autor, luego de las necesarias

⁶⁸ En más de una ocasión Juliano acusó a Constancio II de haberlo enviado a Las Galias con muy pocos soldados y casi sin presupuesto. La medida de recompensar a los soldados parece demostrar que disponía de fondos.

⁶⁹ SÓCRATES ESCOLÁSTICO, *Historia Eclesiástica*, III 1.

⁷⁰ AMM., XVI, VII, 3.

LIBANIO, en *Oratio XVIII*, 42 dice: “El (Juliano) (...) tomó su cargo, pero los generales, según parece, preferían quedarse amodorrados, lo cual daba coraje a los enemigos quienes pensaban que a pesar de la llegada de un César, iban a recuperar todo aquello que tenían antes”.

⁷¹ Para la presentación que hacemos en las páginas siguientes, cf. *Elogio del Emperador Constancio y Elogio de la Emperatriz Eusebia*. En JULIANO, *Discursos*, op. cit., vol 1. y en *Discours de Julien Cesar*, op. cit.. Tome 1 - 1 partie. Para una descripción más ampliada del esquema del *Elogio del Emperador Constancio*, cf. *Discours de ... En Notice*, p. 4.

consideraciones generales (1-3), comienza el desarrollo de los temas anunciados: nobleza de su raza y méritos de sus ascendientes (5), nacimiento y educación (7-11) y la serie de hechos elogiados (12-33). Finalmente equipara las virtudes de Constancio II con las de un rey filósofo. En el desarrollo de cada uno de estos temas, el César mostrará de manera clara su fidelidad al Emperador.

Pero, dentro de este esquema, Juliano inserta una serie de trozos en los cuales establece sus distancias frente al Emperador; párrafos disonantes en un Elogio y que evidencian aquellos rasgos a los cuales hemos hecho referencia. Nos interesamos en analizarlos ya que contienen algunas críticas sutiles a Constancio II, así como consejos sobre el deber ser de un Emperador.

Es así como todo el séptimo párrafo del *Elogio al Emperador Constancio* está dedicado a la educación del Emperador, apareciendo ésta como algo indispensable para quien desempeña cargos administrativos importantes: “Pero puesto que se ha presentado la oportunidad de recordar tu educación infantil, tú necesitabas sin duda una educación regia que ejercitara tu cuerpo en el vigor, en la fuerza, en la buena salud y en la belleza, y que preparase cuidadosamente tu alma para la fortaleza, la justicia, la templanza y la prudencia” (7.9).

Esta afirmación fue escrita por un hombre como Juliano, quien se quejaba amargamente de haber sido obligado por su primo a recibir una educación mezquina con la finalidad de convertirlo en un inepto para el desarrollo de cualquier cargo significativo dentro del gobierno⁷².

En el párrafo noveno vuelve sobre este punto enumerando todas las misiones que desde muy joven recibió Constancio II, a fin de que tuviera aquellas experiencias en las cuales se debe formar un miembro de la familia imperial, justamente de las que Juliano careció.

Otra crítica visible en el texto es la que se refiere a la matanza de los familiares con la cual se inició el gobierno de Constancio II y donde perdió la vida el padre de Juliano. Debemos descartar, por motivos lógicos, que haya aquí una referencia directa, pero resulta notable que el hecho no se silencie: “Con justicia y moderación te comportaste con tus hermanos, ciudadanos amigos de tu padre y con tus ejércitos, excepto si en alguna ocasión, obligado por las circunstancias, no pudiste impedir que otros se equivocaran contra tu voluntad” (12.17). Por su deliberada ambigüedad este párrafo parece haber sido escrito con sumo cuidado puesto que tendía a despertar el

⁷² Para la crítica que hace Juliano a este respecto Cf. *Discurso al Senado y Pueblo de Atenas* 4.271. Eunapio en *op. cit.* en las páginas dedicadas al filósofo MÁXIMO, *De Máximo* dice refiriéndose a la educación de Juliano: “(...) Ahora bien, como ellos no tenían nada que enseñarle y Juliano no tenía nada que aprender de ellos, imploró el permiso de su primo para asistir a las escuelas de los Sofistas y a las lecciones de filosofía. El (Constancio) porque los dioses lo querían así, permitió esto, ya que deseaba que Juliano anduviera entre libros y tuviera ocio para ellos, más bien que dejarlo reflexionar sobre su propia familia y sus derechos al Imperio”.

recuerdo de los desgraciados sucesos de la niñez de Juliano y, más aún, aprovechaba de suscitar la imagen de un Emperador superado por sus colaboradores cercanos⁷³.

Finalmente, encontramos un velado reproche a la política en el cobro de impuestos llevada adelante por Constancio II, asunto que adquiriría ribetes especialmente dramáticos en Las Galias: “Te ingenias los recursos financieros, no elevando los tributos ni las prestaciones (...), sino, creo, conservando las antiguas tasas, excepto si en algún breve momento y en vista de que las circunstancias hacían necesarias prestaciones más gravosas, y condujiste a tus soldados en una abundancia tal que no les fuera necesario insolentarse por el hartazgo ni cometer un error a causa de la indigencia”(16.21). Al igual que en el ejemplo anterior, unida a la alabanza está la mención a “aquellas circunstancias” que ensombrecen el elogio, sobre todo cuando tenemos noticias ciertas de que la cuestión de los impuestos en las provincias que el César tenía a su cargo estaba adquiriendo un carácter explosivo.

Existen además los otros dos puntos en los cuales Juliano manifiesta sus distancias. El primero consiste en la idea del deber ser de un Emperador, que en más de una ocasión se aleja de lo que era Constancio II. En los párrafos octavo y trigésimo octavo, identifica la figura de su primo con la de los emperadores filósofos, en quienes se concentran las virtudes necesarias para un buen gobierno: “Así, los ejercicios que practicaste no fueron los apropiados para el concurso público: no le conviene en absoluto reclamar la fortaleza afamada a los que pasan el día en la palestra a un rey que va a participar en combates auténticos, que necesita muy poco sueño y alimento no abundante y cuya cantidad y calidad no puede fijarse, ni tampoco el momento en que debe servírsele, sino cuando buenamente sea y lo permitan los asuntos”⁷⁴. Aquí, más

⁷³ Vuelve sobre este punto en el párrafo 34.41 del mismo escrito, mientras en su *Discurso ante el Senado* ... 4.271 lo acusa abiertamente de haber ordenado los crímenes de la familia. Otra referencia, aunque menos clara se encuentra en *El Banquete* o *Los Césares* 38,336.

J. BIDEZ, *Discours de ...* página 29, nota 2, señala que la intención de Juliano en este trozo fue referirse a la masacre. García Blanco en *op. cit.*, vol. 1. p. 124, nota 49, dice que la alusión está dirigida a resaltar la dependencia de Constancio II de los miembros de la Corte.

⁷⁴ Este trozo sirve para comprender lo que hemos venido señalando. En primer lugar debemos observar que se alude claramente al tipo de vida que debe llevar un emperador filósofo, que por lo demás es la que lleva Juliano como César de Las Gallas. Para este respecto contamos con la descripción que hace de él Amiano Marcelino. Confrontando ambos textos se aprecia de manera clara el carácter de consejo que tiene el párrafo del *Elogio*.... En sus partes más importantes la descripción de Amiano es la siguiente: “De allí provenía que (Juliano) distribuyera las noches entre sus tres obligaciones: el reposo, los asuntos públicos y las musas, lo que —como leemos— había hecho Alejandro Magno; pero Juliano era mucho más animoso. Aquel, pues, ubicaba una fuente de bronce junto a su lecho, y con el brazo extendido fuera de la cama sostenía una bola de plata, de modo que, cuando invadido por el sopor aflojaba el vigor de los músculos, el ruido de la bola al caer le interrumpía el sueño”.

“Pero Juliano, sin ningún medio material, despertaba tantas veces como quería y se levantaba siempre a media noche; no desde plumas o tapetes de seda brillando con cambiante esplendor, sino que desde un tapiz y un saco de piel al que la simplicidad del vulgo llama 'susurna' ()” (XVI V 5 y ss.).

Agrega Amiano que Juliano cumplía religiosamente sus ejercicios militares, sus acciones de gobierno y que se preocupaba especialmente de atender a la administración de la justicia.

La alusión al alimento es de gran importancia y muestra una de esas críticas sutiles hechas por el César al Emperador. AMIANO en XVI, V. 3 nos informa lo siguiente: “En una palabra, puesto que Juliano leía asiduamente un libro de notas que Constancio —como cuando se envía a un hijastro a hacer estudios— había escrito con su propia mano, donde ordenaba con gran libertad lo que debía gastarse en la mesa del César, prohibió pedir y servir faisán, vientre y ubres de cerda, contentándose con el alimento común y azaroso del soldado en servicio”.

que referirse al Emperador mismo, un hombre apegado en extremo a las sofisticadas costumbres cortesananas, Juliano describe su ideal de cómo debe ser un gobernante.

Por último cabe destacar que en el no hay una sola mención a las creencias religiosas de Constancio II. Ya hemos tenido oportunidad de señalar que el César no era cristiano, pero que mantenía sus ideas religiosas en silencio y que el Emperador, en cambio, concedía gran importancia a las suyas y consideraba como una de las prioridades de su gobierno el poder lograr una solución a las diferencias entre los cristianos. No puede haber dejado de llamar la atención el completo silencio a este respecto.

Al momento de hacer un balance final sobre el *Elogio del Emperador Constancio*, parece conveniente resaltar una vez más que en nuestro análisis hemos puesto de manifiesto aquellos párrafos disonantes que nos permiten apreciar las primeras manifestaciones de una personalidad crítica e independiente, pero que éstos se encuentran inmersos en un texto destinado a manifestar su lealtad para con el Emperador.

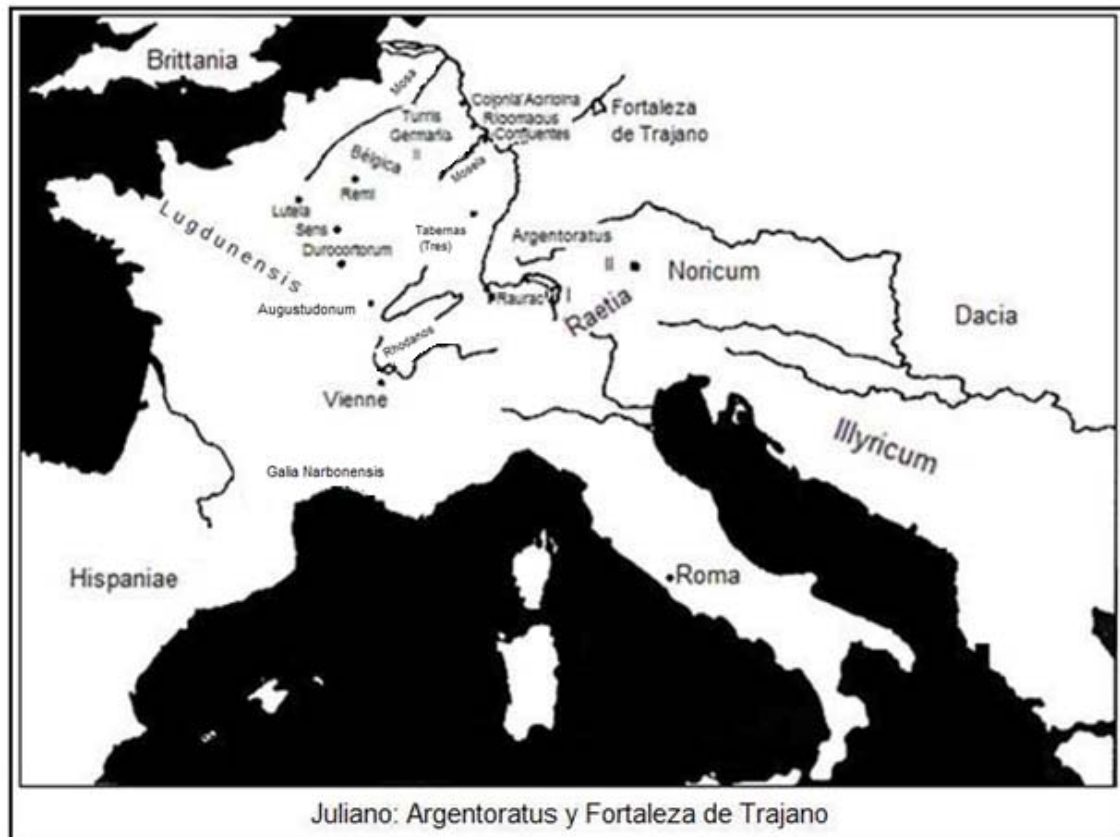
Volviendo a la situación en Las Galias, el año 357 estuvo marcado por nuevos ataques realizados por los germanos, especialmente dirigidos contra la zona media del Rin, es decir, aquella que se extiende entre *Rauracos* y *Colonia Agripina*. Los romanos contaron con los ejércitos regulares para hacerles frente, más un cuerpo de veinticinco mil hombres al mando de Barbación⁷⁵, quien actuando en conjunto con las fuerzas del interior, dirigidas por Juliano, debía avanzar desde *Raetia* hacia *Rauracos*, y desde allí, siguiendo el curso del Rin, hasta *Colonia Agripina* (ver mapa N° 2).

El camino seguido esta vez por el César fue desde *Senones* a *Treverorum* y *Argentoratus*. Entre tanto, el ejército de Barbación, adelantándose a lo estipulado había entrado en batalla, sufriendo una derrota de grandes proporciones. Poco tiempo después las tropas de Juliano atacaron a los alamanes de Cnomodario en *Argentoratus*, logrando una victoria decisiva: “Los romanos, sin embargo, perdieron en este combate por lo menos doscientos cuarenta y tres soldados y cuatro altos oficiales (...) Pero de los alamanes se contaron seis mil cadáveres que cubrían el campo de batalla, y otros montones de muertos, difíciles de calcular, eran arrastrados a través de las aguas del río”⁷⁶.

En relación a la comida, reglamentada por Constancio II de acuerdo a los criterios cortesananos que regían el Imperio, Juliano realizó el primer acto de rebelión, y en el *Elogio* se permite señalarle al Emperador que esas cuestiones no pueden reglamentarse, agregando que se debe ingerir poco alimento y hacerlo cuando las labores de gobierno dejan espacio para ello.

⁷⁵ Barbación fue uno de los encargados de la ejecución de Galo, el hermanastro de Juliano, quien fue destituido de su cargo como César del Oriente. Cf. AMM., XVI, XI, 2-7; *ibid* XI, 12 y XVII. III, 6. Amiano Marcelino lo describe como un hipócrita, más interesado en denigrar a Juliano que en atacar a los Germanos.

⁷⁶ AMM., XVI, XII, 63.



La batalla de *Argentoratus* ha sido considerada de manera unánime como la acción militar más importante en que participó Juliano en el territorio galo, y además como la que permitió revertir la debilitada situación en que se encontraba el poder romano en esas provincias durante los últimos años.

En el plano político, esta batalla tuvo algunas consecuencias que deben destacarse. Amiano Marcelino nos señala que una vez concluida la lucha y estando derrotado los germanos, los combatientes romanos proclamaron a Juliano como Augusto: “Entonces Juliano, como era admirado por su buena fortuna, e influyente por sus méritos más que por su mando militar, fue llamado Augusto por aclamación unánime de todo el ejército, pero él reprendió a los soldados por haber actuado con mucho descaro, y les aseguró bajo Juramento que no esperaba ni quería obtener este título”. Es necesario destacar que ésta es la única fuente que nos informa sobre esta designación⁷⁷. Pese a todo, queda

⁷⁷ Ninguna fuente, aparte de *Rerum Gestarum*, XVI, XII, 64, relata esta nominación. LIBANIO, en *Oratio XVIII* centra su atención en la manera incorrecta en que Constancio II se apropió del triunfo de su César. EUNAPIO en su *Vida de Filósofos y Sofistas* no dice nada al respecto, aunque advierte que los detalles de estos sucesos los ha narrado amplia y detalladamente en su *Vida de Juliano*, obra perdida. ZOZIMO en el libro III de su *Historia Nueva*, tampoco hace mención alguna a este punto. OROSIO no se refiere al hecho en el libro VII, 29 de sus *Historias*, así como tampoco AURELIO VÍCTOR en *Historiae Abbreviatae*, cap. 42. 17 y ss. Texte Etablit et traduit par P. Dufraigne. Les Bolles Lettres, (Paris. 1975). AMIANO MARCELINO, entonces, es el único autor que lo menciona, pero se debe recordar que es la fuente más completa para informarnos a este respecto, tal como lo sostiene A. F. NORMAN, en *Libanius. Selected Works*, Vol. 1. *The Julianic Orations*, p. 314 nota C. También parece acertado el comentario que hace G. RICCIOTTI en su obra ya citada, cuando dice que “quizás la noticia sea cierta”, pero que no tuvo en ese momento un alcance mayor que la expresión del estado de ánimo que embargaba a los soldados. Una situación como ésta, además, “había acontecido otras veces” (P. 114).

planteado un problema real: el reconocimiento que esos hombres hicieron de su general, sentimiento que volverá a expresarse más adelante.

Si bien la noticia sobre la proclamación de Juliano como Augusto se debilita al ser mencionada sólo por una de las fuentes, queda vigente el planteamiento según el cual en ese momento se hizo visible una incongruencia entre la *auctoritas* y la *potestas* del César, vale decir, entre el prestigio personal obtenido ante los soldados y el poder real del que disponía. Al proponerlo en estos términos, nos remitimos a conceptos que tienen una larga vida en el lenguaje político romano, pero ahora estamos refiriéndonos al siglo IV d.C., período en el cual la *auctoritas* tiende a convertirse en *potestas* por la vía de las armas. En otros tiempos del Imperio, la *auctoritas* otorgaba a quien la poseía una serie de privilegios políticos, tales como influir en las decisiones del Senado o ubicarse merecidamente en la línea de la sucesión imperial; en el Bajo Imperio, en cambio, ella no encuentra otro camino que el desafío al poder, puesto que quien la detenta se convierte, automáticamente en un peligro para la estabilidad del emperador.

Otro aspecto que hay que considerar es que si bien el triunfo de la batalla de *Argentoratus* no significó que Juliano equiparara su poder con el de Constancio II, sí implicó que el poder del César adquiría una base propia y ya no era únicamente el producto de la nominación que había recibido. De ahora en adelante, el poder de Juliano reposa, parcialmente, en la incondicionalidad de sus soldados.

Concluida la batalla se imponía el descanso dada la inminente llegada del otoño. Juliano, lejos de iniciar la marcha hacia los cuarteles de invierno, dirigió las tropas a *Treverorum* y desde allí a *Moguntiacum*, tendiendo en este lugar un puente a través del Rin e ingresando en el territorio germano. Con sus soldados cruzó la zona llamada la Selva Negra y llegó hasta la antigua y abandonada fortaleza levantada en tiempo de Trajano.

No resulta fácil evaluar de manera correcta la penetración romana recién referida. Desde un punto de vista geográfico no puede ser considerada profunda, ni desequilibrante desde una óptica militar, ya que esta fortaleza se encontraba a pocos kilómetros del río. Tampoco debemos considerarla como un antecedente digno de tenerse en cuenta, pues penetraciones de este tipo no volvieron a producirse. Donde sí podemos advertir su importancia es en la puesta en práctica de una nueva estrategia romana tendiente a tomar la ofensiva de las acciones militares en la zona. En los hechos, una acción allende el Rin no se veía desde hacía mucho tiempo. Por lo tanto, ésta debe entenderse en relación con la restauración total a la que ya hemos hecho referencia.

En lo que respecta al poder de Juliano, la llegada hasta la fortaleza de Trajano terminó por consolidar su figura ante los soldados. Ellos, en principio, se negaron a cruzar el Rin y en seguida lo hicieron debido al gran prestigio del César luego de la batalla reciente. El territorio recorrido fue escaso pero difícil, puesto que avanzaban por lugares que suponían llenos de peligros e imprevistos. La llegada al fuerte produjo en ellos una alegría indescriptible que redundó en beneficio del impulsor de la marcha⁷⁸.

⁷⁸ Cf. J. BENOIST - MECHIN, en *op. cit.* p. 152 y ss. Probablemente sea este autor quien mejor haya reproducido el ánimo de los soldados al momento de la llegada a la fortaleza de Trajano.

Las campañas militares del año 357 concluyeron con el regreso de las tropas a *Lutetia*. Durante los meses de invierno, el César dedicó una parte considerable de sus energías a la labor administrativa de las provincias. “Juliano, famoso por sus continuos éxitos, en sus cuarteles de invierno, había alejado entretanto las inquietudes de la guerra. Y con igual solicitud disponía numerosas medidas favorables para el bienestar de las provincias, vigilando atentamente que nadie fuera agobiado con el peso de los impuestos, ni que el poder usurpara los bienes ajenos; ni que los que aumentan su patrimonio con las desgracias públicas se dediquen a asuntos importantes, o que alguno impunemente aleje del camino recto al que juzga con equidad”⁷⁹.

El aspecto más destacado de su labor administrativa fue su oposición a la forma arbitraria en que se cobraban los impuestos en Las Galias. Amiano Marcelino, en una información considerada válida de manera unánime, nos señala que la situación de las provincias era crítica y que éste era uno de los aspectos más descuidados del gobierno de Constancio II. Juliano, en cambio, fue siempre sensible ante este problema. La difícil situación de los tributos llegó a su punto culminante cuando Florencio, el Prefecto del Pretorio, anunció el cobro de un impuesto extraordinario para el año 358 d.C., respaldándose en un decreto del Emperador que autorizaba este tipo de recaudaciones cuando fuesen necesarias. Amiano Marcelino señala que cuando el César supo sobre el impuesto extraordinario “(...) declaró que prefería la muerte antes que aceptarlas. El sabía que las profundas heridas producidas por estos arreglos —o desarreglos para hablar más claramente— habían conducido a las provincias a la ruina, algo que, como mostraremos más adelante, significó el completo empobrecimiento del Ilírico”⁸⁰.

¿Cuál fue la proposición de Juliano para arreglar esta situación?: “Para salvar la espinosísima cuestión de las recaudaciones fiscales. Juliano examinó personalmente todo el balance. Basándose en las cifras, encontró que el déficit no dependía de gastos excesivos para la mantención de su Corte personal, sometida de manera rigurosa en sus gastos; encontró, además, que la *capitatio* que estaba en vigor cuando llegó a Las Galias, la cual era de veinticinco áureos por cabeza, no podía ser aumentada por ningún motivo a causa de las pésimas condiciones de aquellas regiones”⁸¹. Ante estos resultados, planteó la necesidad de cobrar los impuestos normales sin realizar ningún tipo de perdón y sostuvo que ello arrojaría un ingreso suficiente para el desarrollo administrativo de Las Galias.

La cuestión de las condonaciones tenía una serie de implicancias políticas y sociales puesto que habitualmente se habían acogido a ellas los mayores contribuyentes. La medida de cobrar el tributo normal propuesta por Juliano y exigir el pago a los grandes propietarios tuvo, indudablemente, un efecto significativo en este plano⁸².

⁷⁹ AMM., XVIII, VIII, 1.

⁸⁰ *Ibid.*, XVII, III, 1. Para la descripción sobre la arbitraria recolección de impuestos en el Ilírico y sus funestas consecuencias, cf. AMM., XIX, II.

⁸¹ *Ibid.* XVII, III, 3.

⁸² Además de Amiano Marcelino, Eutropio nos informa sobre este punto en *op. cit.*, X. XVI: “(...) El mostró todo su celo para conseguir la disminución de los impuestos”. Esta medida también mereció el reconocimiento de Gregorio Nazianzeno, uno de los más acerbos críticos de JULIANO, cf. su *Oratio*, IV, 75. La sensibilidad del César ante este tipo de problemas ha sido resaltada también por autores modernos, tales como:

El conflicto con Florencio, quien en su calidad de Prefecto era el encargado de la recolección de los impuestos, fue frontal ya que éste se negó en forma terminante a la intromisión del César. Una vez más el Emperador tuvo que mediar, pero ahora, y especialmente después de la batalla de *Argentoratus*, el panorama político era bastante complejo. Debido a esto, corresponde analizar conjuntamente el problema del cobro de tributos con los efectos que tuvo en la Corte el triunfo militar de Juliano, así como también con el segundo Elogio que escribió Juliano en favor de Constancio II y con la remoción de Salustio de su cargo de cuestor de Las Galias. El estudio de estos cuatro aspectos permitirá comprender mejor la situación.

Ya hemos tenido oportunidad de señalar lo que significó la victoria romana contra los alamanes de Cnomodario para la carrera política de Juliano, hecho que no pasó inadvertido para Constancio II ni para los miembros de su Corte, quienes comenzaron a ver en él un peligro para la estabilidad del gobierno. Esta tensión se tradujo en que el Augusto, respondiendo, por una parte, a una característica de su personalidad, y por otra, intentando un golpe de autoridad, se apropió del triunfo obtenido por su César más allá de las medidas habituales. Es necesario tener en cuenta que desde siempre los Emperadores eran los propietarios de los éxitos que en los campos de batalla obtuviesen sus generales y tenían el legítimo derecho a incluirlos en sus titulaturas. Pero, la práctica había establecido que en este tipo de ocasiones, el gobernante lo compartiera con el general correspondiente. En esta ocasión, Constancio II no reconoció a Juliano sus méritos, situación que molestó al César, pues además debió afrontar una campaña de burlas y desprestigio llevada adelante por los funcionarios más cercanos al poder central. Amiano Marcelino describe la situación en los siguientes términos: “Existen, en fin, declaraciones de Constancio consignadas en los archivos públicos de este príncipe, en los cuales los hechos referidos dan cuenta de su deseo de narrar con la intención de agradar y elevarse el mismo a las nubes. Cuando se combatía en *Argentoratus*, aunque estaba alejado de allí en cuarenta etapas, describe que él había organizado el orden de batalla, se había mantenido entre los portaestandartes y había puesto a los bárbaros en precipitada fuga. Y falsamente declara que Cnomodario se había sometido a él, pero calla, ¡oh! indignidad respecto a las acciones gloriosas de Juliano, las que hubiera sepultado del todo si la fama no fuera incapaz de silenciar las más grandes hazañas, a pesar de que hubiese muchísimos tratando de ocultarlas”⁸³.

En este caso, la desmesura en la actitud del Emperador fue su intento de silenciar el nombre de Juliano y no el hecho de atribuirse el triunfo⁸⁴.

S. MAZZARINO en *L'Impero Romano* (Italia, 1973), vol. III, p. 712 y ss. A.H.M. JONES, en su ya citada obra *Late Roman...* plantea que Constancio II no fue indiferente a la cuestión de los impuestos. Se conservan edictos en los cuales este Emperador muestra su preocupación por el aumento de los tributos: “El insistió que el presupuesto debía ser cuidadosamente preparado de modo tal que se cubriesen para el año todos los gastos previstos. Si surgía una emergencia local, un gobernador o un vicario no debía bajo ninguna circunstancia decretar un impuesto extraordinario, sino que debía recurrir al Prefecto del Pretorio correspondiente, quien estaba autorizado para firmar, debiendo reportar el hecho al Emperador para que éste confirmara su acción” (p. 130). Agrega el propio Jones que las buenas intenciones de Constancio parecen no haberse llevado a la práctica.

⁸³ A. M., XVI.XII,70.

⁸⁴ Amiano Marcelino exagera su crítica contra Constancio II puesto que hace aparecer indigna toda la situación. Cf. AMMIEN MARCELLIN, *Histoire, op. cit.* Notes Complementaires, N° 359. LIBANIO,

De mayor gravedad y con mayores repercusiones políticas, eran las acusaciones que hacían circular en la Corte los detractores del César: “A pesar de semejantes y tan numerosas acciones con resultado favorable, en el palacio de Constancio II algunos que censuraban a Juliano —para que el Emperador mismo se deleitara— lo llamaban burlonamente Victorino porque, aunque se refería con modestia a las ocasiones en que ejercía el mando mencionaba a menudo la derrota de los germanos”⁸⁵. La acusación contenida en la alusión consiste en comparar a Juliano con Victorino, un usurpador que gobernó Las Galias en los momentos más agudos de la crisis del siglo III d.C.⁸⁶.

La situación, pues, era bastante tensa y compleja cuando estalló el conflicto de los impuestos, pese a lo cual Juliano, tal como había sucedido en una ocasión anterior, recibió el apoyo de Constancio II, obteniendo una autorización para llevar adelante el cobro de los tributos en la Bélgica II de acuerdo con su plan. La medida fue un éxito puesto que en aquella provincia se recaudaron los dineros suficientes para afrontar los gastos y además produjo un positivo efecto psicológico al aliviar a los contribuyentes.

El Segundo Elogio de Juliano a Constancio a titulado *Sobre las acciones del Emperador o sobre la realeza* debe comprenderse a partir de estas tensiones y dificultades. Así como el problema con Marcelo estimuló el primero de los elogios, la crisis de los impuestos y el apoyo recibido motivó el segundo. La finalidad de este escrito, además de proclamar públicamente su fidelidad al gobernante, fue la de aquietar los ánimos y neutralizar a los elementos críticos de la Corte⁸⁷.

En la búsqueda de un entendimiento con Constancio II, el César inició el texto con los recuerdos de los primeros versos de *La Ilíada* donde Homero narra la disputa de Agamenón con Aquiles. Veamos de qué manera el neoplatónico Juliano plantea la escena: “Aquiles, dice el poema, cuando se irritó y se separó del rey, arrojó de sus manos la lanza y el escudo y, afinando su arpa y su cítara, cantó y celebró las hazañas de los semidioses y dedicó su ocio a esta ocupación pensando muy cuerdamente. Pues irritarse y enervar al rey habría sido demasiado arrogante y salvaje. Pero quizás el hijo de Tetis no puede escapar al reproche de haber desperdiciado el momento de la acción en cantos y sonos, cuando podía retener sus armas en vez de arrojarlas, y después, en un momento de tranquilidad, celebrar al rey y cantar sus hazañas”⁸⁸. y agrega de inmediato: “(...) la irritación de Agamenón con su general no fue moderada ni hábil, sino que se valió de amenazas y le injurió de hecho al privarle de su recompensa”⁸⁹.

por su parte, señala en *Oratio*, XVIII, 67: “Constancio II hizo recaer todo el triunfo sobre sí mismo, se dio aires y ganó fama a costa de los peligros sufridos por otros hombres (...)”.

⁸⁵ A.M., XVI. XII, 67.

⁸⁶ R. REMONDON, *La Crisis del Imperio Romano*, España. (1979) (1967), p. 35.

⁸⁷ La datación precisa de *Sobre las Acciones del Emperador* ha presentado problemas a los críticos. W.C. Wright en *The Works of the Emperor Julian*. Loeb Classical Library. (Londres 1913-1923), no señala nada específico al respecto y afirma que probablemente el texto no fue enviado nunca al Emperador (cf. JULIANO, *Discurso*, *op. cit.*, p. 206). J. BIDEZ, por su parte, en la noticia introductoria al escrito de Juliano lo ubica en el período en que en la ciudad de *Lutetia*, Juliano se dedicó intensamente a las labores de gobierno. J. GARCIA BLANCO, en *op. cit.*, coloca el elogio en el contexto adecuado al entenderlo como producto de la difícil situación que se encontraba Juliano después de *Argentoratus*.

⁸⁸ JULIANO, *Sobre las acciones del Emperador o sobre la realeza*, 1. 49. En *Discurso*, *op. cit.* vol. 1.

⁸⁹ *Ibid.*, 1. 50.

En los primeros párrafos queda planteado todo el problema: la ira de Aquiles (la de Juliano), su reprochable abandono del campo de batalla (situación en la cual actuó mejor que el héroe griego), la serenidad para “celebrar al rey y cantar sus hazañas” (el Elogio que ahora inicia) y la crítica a Agamenón por sus excesos (llamado a Constancio II para que deponga su actitud hostil).

La búsqueda de un acuerdo con el Emperador orienta toda la primera parte del escrito, donde se reconocen los méritos del gobernante, especialmente los militares, probablemente los que más debían resaltarse dadas las características de las desavenencias. Destaca también las dotes físicas de Constancio II con el arco — efectivamente era un extraordinario arquero— y se refiere a él como a un experimentado jinete. Luego le recuerda sus múltiples triunfos contra enemigos internos y externos en los cuales había demostrado ser un eximio conductor de los soldados (2.53-54; 18.73); (19.74 y 34.95) y además un general clemente y generoso con los derrotados (7.58 y 34.95).

Redactar este Segundo Elogio debe haber resultado una tarea dura para Juliano quien soportaba cada vez menos el papel secundario que se le había asignado. A menudo lo vemos afirmar cosas de las cuales tenía una opinión muy distinta, como por ejemplo, reconocerle al Emperador las victorias militares externas. El repudiaba la política de transacciones que el gobernante había llevado adelante con los germanos y había sido víctima de su arrogancia para con los triunfos ajenos. El César compartía la idea largamente difundida según la cual Constancio n siempre vencía en los conflictos internos pero conseguía dudosas victorias en las luchas fronterizas.

La mediación del Emperador en el problema de los impuestos tuvo su contrapartida en el retiro de Salustio, cuestor de Las Galias, gran amigo de Juliano, neoplatónico como él y el hombre que le había abierto las puertas de la aristocracia gala. Habiendo también este cuestor chocado con Florencio por la manera en que el Prefecto llevaba adelante algunos delicados juicios en las provincias, fue retirado de su cargo por una orden directa del poder central. Esta fue la gran concesión que hizo Constancio II a los integrantes de su Corte, donde Florencio contaba con amigos. Juliano reaccionó airadamente ante esta medida y escribió la *Consolación a sí mismo por la marcha del excelente Salustio*, ocasión que aprovecho para proclamar sus distancias con los funcionarios que rodeaban al gobernante: “Y también me venía a la memoria aquello de 'Quedó solo Ulises' porque ahora yo estoy en la misma situación que él, después de que un Dios te ha sacado, como a Héctor, fuera del alcance de los dardos que a menudo dispararon los sicofantas contra ti, mejor dicho, contra mí, queriendo herirme por medio de ti, porque pensaron que la única manera de alcanzarme era privarme de la compañía del amigo fiel y compañero de armas que compartía sin excusas los peligros”⁹⁰.

⁹⁰ JULIANO, *Consolación a sí mismo por la marcha del excelente Salustio*, 2.242. En *Discursos*, *op. cit.*, vol. 1. ZOZIMO, en *op. cit.*, libro III, reafirmando la idea de Juliano, dice: “Debido a que él (Juliano) se había ganado el afecto de los soldados por su frugalidad, por su valor, por una generosidad que lo ponía por encima del interés, y por otras virtudes que lo elevan a la altura de los más grandes hombres de su siglo, Constancio se sintió muy celoso y se imaginó que su reputación y los grandes éxitos de sus ejércitos procedían del apoyo que le daba Salustio, a quien él (Constancio II) había puesto para que lo ayudase con sus consejos. Hizo llamar a este funcionario bajo el pretexto de necesitarlo para los asuntos urgentes del Oriente”.

Para una mejor comprensión de la situación hay que tener en cuenta la ubicación del Emperador Constancio II dentro de la compleja arquitectura política imperial. Digamos por de pronto, que su figura no ha despertado el interés de los historiadores, por lo cual no es fácil reunir datos sobre su gobierno. En términos generales prima una visión negativa de su obra: “Constancio II no fue un hombre de acción. Había heredado de su padre el orgullo desmesurado, el gusto por las disputas religiosas y un marcado maquiavelismo. Es el tipo perfecto de emperador bizantino 'emperador más, de palacio que de tienda' —dice C. Jullian—. En vez de expulsar al invasor de las tierras que había conquistado, se ocupaba de cuestiones religiosas. En Arles presidió un Concilio que marcó la sumisión de la Iglesia al Estado”⁹¹.

En buena medida la figura de este Emperador ha quedado marcada por la descripción que de él hizo Amiano Marcelino. Es cierto que en la última parte del libro XXI, el historiador intentó un balance sobre este gobernante, empezando por destacar sus virtudes para indicar luego sus defectos, pero sucede que el peso de toda la exposición anterior es tan abrumador que nos quedamos con una imagen debilitada, aunque en cierto momento surge la duda sobre la objetividad y desinterés de este relato⁹².

Constancio II no fue un Diocleciano ni un Constantino, hombres de recia personalidad que llegaron a dirigir el Imperio sin contrapesos. En forma permanente debió enfrentar a aquellos que intentaron arrebatarle el poder. Probablemente sea más correcto mirarlo como un hombre que tuvo que moverse siempre en un precario equilibrio y contando, además, con una contraparte de su poder en los integrantes de la Corte, tal como dijimos al referir la designación de Juliano como César de Las Galias. También debió afrontar a una creciente oposición religiosa y graves problemas militares tanto en Occidente como en Oriente. Por estas razones, tuvo que responder a diferentes presiones, sin contar para ello con un carácter fuerte que le permitiera neutralizarlas. No debe extrañarnos pues que alguien con estas características adoptara una decisión tan ambigua como la de respaldar a Juliano ante el problema de los impuestos y retirarle, de manera simultánea, a Salustio, su más cercano colaborador.

⁹¹ J.J. HATT, *op. cit.*, p. 296.

⁹² Amiano Marcelino nos coloca una serie de “trampas” al presentarnos la figura de Constancio II. Probablemente la más evidente y de vastas consecuencias sea aquella en la que plantea la actividad militar del Emperador en los siguientes términos: “En efecto, así como en las guerras externas este Emperador resultó debilitado y abatido, en las luchas internas que se presentan obtiene éxito lleno de orgullo, y cubre las heridas internas del estado con horrenda sangre corrompida” (XXI, XVI, 15). El punto reside en que siguiendo el relato del propio Amiano Marcelino no resulta tan claro que siempre haya sido derrotado en las luchas externas. Por otra parte, el autor de *Rerum Gestarum* valora de manera diferente las luchas internas y las externas, induciéndonos a pensar que las primeras importaron una dificultad y un riesgo menor para el Imperio. Lo que hemos señalado en este trabajo sobre los problemas y pérdidas humanas a raíz de la sublevación de Magnencio, basta para hacernos dudar ante la afirmación del autor.

EL ASALTO AL PODER

Hacia el año 359 d.C., las relaciones entre Constancio II y Juliano se habían deteriorado bastante aunque no hubiesen llegado al rompimiento. Para el Emperador se hacía necesario adoptar las medidas que mantuvieran al César bajo control, y éste abrigaba una serie de reproches contra el gobernante: se lamentaba de estar sometido a un trato indigno para alguien de su jerarquía y de que sus méritos no fueran reconocidos. Además, y cada día con más fuerza, se sentía preparado para misiones mayores ya que había sido elegido por los dioses para restaurar el Imperio en toda su grandeza. Vivía una situación peligrosa en la cual su ánimo oscilaba entre los sentimientos de fidelidad y de independencia.

En una carta enviada a su amigo Oribasio —un neoplatónico confidente del César—le narra un sueño que tuvo en este tiempo de confusión, el cual sirve para apreciar el distanciamiento que sentía frente al Emperador: “(...) he tenido una visión semejante hoy; en efecto, me pareció ver que un elevado árbol, plantado en un triclinio muy grande, se inclinaba hacia el suelo y en su raíz brotaba un joven retoño lleno de flores. Yo estaba angustiado por el retoño, temiendo que fuera arrancado junto con el grande y entonces, al acercarme, veo al grande cortado sobre la tierra y, en cambio, al pequeño derecho y levantado de la tierra. Cuando los vi dije angustiado 'Este árbol corre peligro de no salvar siquiera su retoño'. Y alguien que me era totalmente desconocido, me dijo: 'Mira con atención y tranquilízate porque al permanecer la raíz en tierra, el más pequeño se mantiene intacto y se asentará cada vez más firme’”⁹³.

Un sueño como éste requiere de pocos comentarios ya que las imágenes de Constancio II y Juliano emergen con toda claridad y su sentido salta a la vista. Pero, cabe preguntarse, ¿a qué responde esta nítida visión nocturna?

No es ésta la primera ni la última vez que el César tuvo un sueño que le sugiriera una postura ante las complejas situaciones que debía afrontar. Con anterioridad, en aquellos angustiosos días previos a su nominación para el cargo en Las Galias, cuando no sabía cuál sería su futuro, tuvo una visión que le salvó de caer en un complot que se urdía en el palacio en su contra⁹⁴.

Así, al menos una vez antes de la imagen de los árboles, tan representativa del rechazo que Juliano estaba experimentando frente a Constancio II, los sueños le habían servido de inspiración para sus actos racionales y diurnos. Igual cosa sucederá más adelante, cuando dudando sobre la conveniencia de realizar su “asalto al poder”, tendrá una visión en la que le aparecerá el Genio del Imperio, instándolo a aceptar la nominación que le han propuesto los soldados.

⁹³ JULIANO A ORIBASIO, En *Cartas y Fragmentos*. Introducción, traducción y notas por J. García Blanco y P. Jiménez Gezapo. Ed. Credos, (Madrid. 1982).

⁹⁴ JULIANO, *Discurso al senado...* 6. 275. Se trata de la ocasión en que en sueños recibió la orden de no enviar la carta que había redactado a la Emperatriz con el objeto de evitar su nominación para cualquier cargo que le significara participar en el gobierno.

Juliano tenía una marcada tendencia a los sueños predictivos —en los que el durmiente prevé acontecimientos futuros— a través de los cuales los dioses se mantenían en contacto con él. Debemos señalar además que, como todos los neoplatónicos de su tiempo, prestaba gran atención a este tipo de manifestaciones.

Lo que hemos mencionado recién resulta contradictorio con otras noticias como la que nos entrega Claudio Mamertino: “Pero nuestro Emperador añade al tiempo de que dispone el que le quita a su descanso. El no concede nada al sueño, nada a la mesa, nada al ocio, se niega incluso a las satisfacciones naturales y necesarias y se entrega por completo a los intereses públicos”⁹⁵. En la vida diaria interrumpía bruscamente el sueño luego de cuatro horas, evitando así los momentos del amanecer que es cuando las voces e imágenes del inconsciente hablan más alto y de manera más clara. ¿Cómo entender esta situación? Es probable que un estudio pormenorizado de estos sueños nos lleve a la conclusión de que “estas voces” de las cuales Juliano nos habla no provengan de la noche sino de la razón consciente de un hombre atormentado por las presiones a que estaba sometido. En uno u otro caso, ellas son significativas de la distancia que esta “rama” ha ido adquiriendo de su “tronco”.

A fines del año 358 e inicios del 359, el enfriamiento de las relaciones entre ambos era notorio. Juliano, como ya hemos señalado, veía como aumentaba su poder y su ambición lo instaba a pensar en responsabilidades mayores, pero en realidad seguía siendo un César bajo las órdenes de un Emperador.

Sobrepasando el ámbito de las personas, el ya señalado distanciamiento era el producto de una situación que no encontraba solución en la vida política romana de la primera mitad del siglo IV, dado que el Imperio requería cada vez más generales que dirigiesen las campañas en los distintos frentes, para lo cual estaba obligado a poner bajo sus órdenes a gran cantidad de soldados y otorgarles importantes recursos materiales. A partir de dicho momento, estos poderosos comandantes se convertían en un peligro para la estabilidad política ya que no había manera alguna de mantenerlos sometidos al poder central. De aquí que el Emperador, en un esfuerzo desesperado, tratase de rodearlos de una tupida red de funcionarios dispuestos a denunciarlos ante el más mínimo intento de usurpación. De esta forma, casi todos los generales que obtuvieron una designación debieron afrontar un conflicto político y en la mayoría de los casos terminaron enfrentando al poder central: Magnencio, Silvanio, Galo, Juliano, resultan buenos ejemplos de esta situación.

Las campañas dirigidas por Juliano en los años 358 y 359, siendo menos espectaculares que las anteriores, tuvieron el objetivo de concluir el proceso de restauración del poder romano en las provincias, logrando el control del curso inferior del Rin, desde el Mosa hasta el Mar del Norte. Las operaciones representaron algunas dificultades tales como las de operar en el mar y rearmar la flota lluvial del Rin, reducida a doscientas naves que se encontraban en mal estado. El beneficio esperado, además del control sobre el territorio, consistía en poder recibir un importante y permanente abastecimiento de granos provenientes de la Britania.

⁹⁵ CLAUDIO MAMERTINO, Discurso de acción de gracias al Emperador Juliano por su consulado, XIV. 3. En *Biografistas y panegiristas latinos*. Ed. Aguilar, (Madrid, 1969).

De acuerdo a este objetivo, los movimientos militares; incluida la construcción de cuatrocientas naves y la reparación de las existentes, tuvieron como finalidad despejar las regiones situadas al sur del curso inferior del río. Y fueron, una vez más, exitosos. Concluida esta primera parte, Juliano fue partidario de cruzar el río de manera inmediata y proseguir las operaciones a fin de controlar la ribera norte, pero entre la tropa estalló una rebelión que lo obligó a retardar sus planes.

La sublevación —fines de 358 d.C.— constituye un pasaje oscuro dentro de estos acontecimientos ya que si bien sabemos cuándo, por qué y dónde estalló, desconocemos cómo logró solucionarse. Habría sido interesante conocer este último dato ya que probablemente Juliano hizo a los soldados algún tipo de ofrecimiento económico. El levantamiento, como hemos señalado, comenzó cuando César propuso el cruce del Rin, y los motivos aducidos por los soldados para negarse son referidos por Amiano Marcelino: “¿Hasta qué punto somos arrastrados, una vez abolida la esperanza de días mejores? Desde hace mucho tiempo, es cierto, toleramos, a causa de las nieves y los pinchazos crueles de la escarcha, calamidades muy difíciles de soportar. Pero ahora, ¡oh sacrilegio!, cuando estamos cerca de la destrucción final de los enemigos desfallecemos de hambre, el género de muerte más cobarde. Y que nadie nos considere instigadores de disturbios. Atestiguamos que hablamos sólo por nuestras vidas, no pedimos oro ni plata, que desde hace mucho tiempo no podemos tocar ni ver, y que se nos ha negado de tal manera como si convencidos hubiéramos asumidos tantas fatigas y peligros contra el Imperio”⁹⁶.

Es en este momento donde advertimos la carencia de información sobre el ofrecimiento que hizo Juliano (Libanio tampoco nos dice nada), aunque la continuidad de las operaciones revela algún tipo de arreglo que se desconoce. En los hechos, los ejércitos romanos cruzaron el Rin y la mayoría de los germanos habitantes de esas zonas prefirieron llegar a acuerdos de paz, evitando sangrientas e inútiles batallas.

Las campañas del 359-360 también estuvieron destinadas a concluir la restauración del poder en ambas orillas del Rin y a normalizar el abastecimiento de granos. Por primera vez en largo tiempo resultaba visible el pleno funcionamiento del mando romano en la zona. Juliano, cinco años después de su nominación, y en cuatro de gobierno efectivo, había logrado algo que nadie esperó de él y que muy pocos creyeron posible realizar. Eutropio nos resume la situación en una manera muy precisa: “El —Constancio II— envió como César de Las Galias a su primo Juliano, hermano de Galo, luego de haberle dado a su hermana como esposa. Los bárbaros habían asaltado la mayoría de las ciudades de la provincia y se disponían a hacer lo mismo con las restantes; ellos llevaban a todas partes la devastación y amenazaban al Imperio con una ruina cercana. Juliano, con sus pocas tropas derrotó cerca de *Argentoratus*, una ciudad de Las Galias, a las numerosas tropas de los alamanes, haciendo prisionero al más ilustre de sus reyes. Más tarde, este mismo Juliano logró grandes triunfos sobre los bárbaros, expulsando a los germanos al otro lado del Rin y devolviendo el Imperio Romano a sus límites”. Orosio, por su parte, insiste en la misma idea, señalando: “(...) y el César Juliano con energía restauró el orden en Las Galias que estaban destruidas y

⁹⁶ AMM, XVII, IX. 4.

asoladas por el enemigo, puso en fuga con un pequeño ejército a una gran muchedumbre de alamanes y sujetó a su vez a los germanos a las orillas del Rin”⁹⁷.

¿Cómo fue posible que este joven que vivió aislado la mayor parte de su juventud y dedicado a los estudios, resultara capaz de dirigir empresas militares de esta envergadura y estimular reformas administrativas tan importantes dentro del territorio?

Claudio Marmentino en su discurso dirigido a Juliano describe, en términos contrastantes, la situación de Las Galias al momento de la llegada del César y los cambios experimentados en estos territorios durante su gobierno: “Si un mortal llevado por una nube a un punto de observación del cielo, hubiera visto hace un tiempo todos los lugares en la mayor desolación, las ciudades medio derruidas, las murallas abandonadas, la desertión de los indígenas, la multitud de los exiliados. Este mismo hombre, si pudiera subir a este mismo punto elevado y contemplar desde allí arriba la alegría llenándolo todo, las tierras sembradas, las ciudades pobladas, las aguas fluyendo hacia las ciudades, la magnificencia con que se levantan, si no las casas particulares, sí al menos los edificios públicos, los campos cubiertos de mieses diversas según la naturaleza del suelo, las vendimias superando el deseo de los campesinos, las colinas escarpadas, los valles profundos y las vastas llanuras resonando con las voces de los animales que balan, relinchan y mugen, sin duda se sorprendería de que en tan poco tiempo todo haya cambiado de aspecto (...)”⁹⁸.

Más allá de la discusión sobre las posibles exageraciones contenidas en el texto, resulta posible observar la existencia de una importante infraestructura anterior a las invasiones y las consecuentes destrucciones. No en vano, como ya tuvimos oportunidad de señalar en páginas precedentes, Las Galias habían llegado a ubicarse entre las provincias más desarrolladas del Imperio. Es imposible imaginar la restauración llevada adelante por Juliano sin tener en cuenta este hecho. Las vías comerciales, por ejemplo, habían funcionado perfectamente por un par de siglos hasta verse obstruidas —no destruidas— por los germanos; al despejarlas e iniciar los trabajos de reedificación donde fuese necesario, quedaron en condiciones de volver a prestar valiosos servicios para el desarrollo comercial. Igual cosa sucede cuando observamos el renacimiento de las ciudades del Rin recuperadas por los romanos.

A esta tarea de restablecimiento se dedicó Juliano con su extraordinaria capacidad de trabajo. El era un asceta y lo fue con una constancia que muy pocas personas logran mantener durante largo tiempo. En su vida diaria comía y dormía muy poco, su vida matrimonial con Helena, la hermana de Constancio II, fue poco plena y no existen noticias sobre posibles relaciones afectivas con otras mujeres. Los placeres, en sus variadas formas, no lo atraieron nunca. A la hora en que los soldados practicaban sus ejercicios, él estaba entre ellos, y llegado el momento de las comidas, en su plato figuraban pocos y sanos alimentos. Mientras el resto dormía, se despertaba para dedicarse a sus tareas intelectuales y a atender los asuntos públicos pendientes. Finalmente, cuando había que recorrer las zonas conflictivas y entrar en batalla, el César

⁹⁷ EUTROPIO, *Breviarum Historiae Romanae*, X- XIV. En *Auteurs Latins*, Publiée sous la direction de M. Nisard, Ed. Büingüe, (Paris, 1865). OROSIO, *Historias*, VII. 14-17. Traducción y notas de E. Sánchez Salor. Ed. Gredos, (Madrid, 1982).

⁹⁸ CLAUDIO MAMERTINO. *op. cit.*, X. 1.

figuraba en primera fila, y en este caso estamos usando las palabras en su sentido literal. Podemos decir que durante los seis años de su Cesarato, vivió dedicado en forma exclusiva a restaurar Las Galias. Un hombre con esta entrega generó una mística en muchos funcionarios y en una gran cantidad de soldados.

A la intensidad con que afrontó la difícil situación, el César añadió su capacidad para formarse ideas frente a los problemas que se le presentaban. Una vez que tenía una opinión propia, luchaba denodadamente y con gran energía para llevarla a cabo, como sucedió, por ejemplo, con la ya mencionada situación del cobro de los tributos suplementarios solicitado por Florencio.

Desde que llegó a Las Galias experimentó un cambio muy grande. Durante el tiempo en que fue estudiante, mantuvo alejada de su mente cualquier reflexión sobre su pertenencia a la familia imperial y su posible participación en el poder. Es probable que proyectara su vida futura como la de un hombre dedicado a las letras y al trabajo filosófico. La nominación para un cargo importante, y su posterior ejercicio, despertó en él una gran ambición de mando. Poco a poco fue convenciéndose de sus aptitudes para gobernar y de la elección de los dioses para que restaurase la grandeza de Roma sobre la base de su tradición. Estos años en Las Galias fueron tiempos duros, ¡qué duda cabe!, en los que internamente se convencía cada día más de su alto destino político y exteriormente se veía en la obligación de seguir obedeciendo a un Emperador a quien odiaba cada día más. Es clarificador a este respecto su gradual convencimiento de que Constancio II había ordenado la matanza de su familia. Como sucede siempre, el odio hacia una persona se concentra en algún punto determinado, y el que iba creciendo dentro de Juliano se cristalizó en los sufrimientos que había padecido en su niñez.

A la vez, fue convenciéndose cada vez con mayor profundidad que los dioses lo señalaban como el restaurador de la antigua gloria del Imperio. Lamentablemente todas las noticias con que contamos para evaluar este rasgo son tardías, puesto que mantuvo en reserva estas creencias mientras ocupó el cargo en Las Galias.

En todo caso, es necesario distinguir a este respecto dos planos diferentes, los cuales, eso sí, en algún punto se unen. El primero consiste en la expectativa que se produjo entre los helenistas en torno a la figura de Juliano, la cual comenzó a crecer desde los tiempos en que él era un estudiante. Libanio reproduciendo esa situación años más tarde, señala: “Su fama se ampliaba; todos los amigos de las musas y de los otros dioses acudían a él por tierra y por mar, ansioso de verle, tratarle, hablarle y oírle. Una vez llegados, no se iban fácilmente, porque Juliano como una sirena encantadora, les atraía no sólo con sus discursos, sino también con su eficacia para inspirar afecto. Sabiendo amar mucho, enseñaba a los demás a hacer lo mismo, de modo que ellos le quedaban tan sinceramente reconocidos, que no podían dejarle con facilidad”. El nombre de Juliano pasó a ser aquel en torno al cual se unieron todos los que aspiraban a la restauración helénica. Este era un movimiento que él conocía y que no rechazaba en absoluto, aunque por aquellos años no viese ninguna posibilidad de poder llegar a hacer realidad dicha restauración. Libanio agrega a la descripción anterior: “No me atrevería a decir que él desaprobaba tales deseos, pues sería una exageración: eran, ciertamente, sus propios deseos, pero alimentados no por el amor al fausto, ni al poder o a la púrpura, él

quería únicamente devolverle a los pueblos, tanto los otros bienes perdidos, como particularmente el culto a los dioses”⁹⁹.

El primer plano es, entonces, uno en el cual los dioses son nombrados de manera permanente, pero donde no intervienen directamente. El segundo, en cambio, señalado por el propio César, es aquél en el cual los dioses sí comparecen y le manifiestan al César sus deseos. Se ha señalado recientemente cómo ellos impidieron que le enviara la carta a Eusebia. En su *Discurso contra el cínico Heraclio*, Juliano habla sobre la elección que hizo Zeus de su persona para que retomase el camino abandonado por sus antecesores. Finalmente, el Genio del Imperio se le aparecerá en la víspera de su proclamación y lo conminará a aceptar lo propuesto por los soldados.

Nuestra conclusión es que el César encabezó el proceso de restauración de Las Galias y la Britania porque esas provincias contaban con las fuerzas humanas y la infraestructura adecuada para hacerlo, pero que él, con su carácter y con el apoyo de helenistas y “dioses”, jugó un papel muy importante. De hecho fue quien propuso la política de restauración total del poder romano, y ya esto le significó ir contra las tendencias preponderantes entre los círculos militares y políticos de esos momentos.

Al tiempo de evaluar la personalidad de Juliano hay que tener en cuenta algunos factores externos que pueden distorsionar su adecuada comprensión. Uno de ellos consiste en que la mayoría de las fuentes de este período le son muy proclives y tienden a la exageración. Esto se aprecia cuando describen sus dotes como general, presentándolo como un hombre genial e invencible que logró equipararse a los grandes estrategas de la historia de Roma. Hay algo cierto en esto, puesto que aplicó una fórmula muy eficaz para combatir a los germanos, en la cual combinaba el choque frontal con acciones sorpresivas, especialmente durante aquellos períodos del año en que no se combatía. En estos casos hay que considerar que enfrentaba a un enemigo muy primitivo en sus técnicas de combate e incapaz de reaccionar ante tácticas novedosas. Pero, cuando el escenario se traslade al oriente y el enemigo sean los persas, sofisticados y experimentados guerreros, la repetición casi matemática de las maniobras tan exitosamente utilizadas contra los germanos, resultarán un desastre. Entonces —año 363 d.C.— lo veremos cometer errores, avanzar, retroceder con desesperación y pagar con la vida la audacia de estar en la primera fila ante los soldados rivales. En esa ocasión quedaron a la vista sus limitaciones en el aspecto militar.

El segundo factor externo está relacionado con su temprana muerte en el campo de batalla frente a los persas. Perdió la vida en los momentos en que iniciaba su gobierno y cuando la mayoría de sus ideas estaban por traducirse en actos que muchas veces desgastaban la popularidad de un gobernante. Juliano, en suma, murió cuando todavía era una esperanza para los romanos conservadores que esperaban mucho de su prometida restauración política y religiosa. De allí que entre dichos sectores se diese inicio a un proceso de sublimación.

El desenlace del creciente conflicto entre el Emperador y el César tuvo lugar durante el año 360 y a inicios del 361 d.C., y a raíz de la orden enviada por Constancio

⁹⁹ LIBANIO, *Oratio*, XVIII, 20, 21.

II para que desde Las Gallas se enviara una cantidad muy grande de soldados a reforzar los ejércitos que combatían contra los persas. Según especificaba la orden, debían concurrir los hérulos, bátavos, petulantes y celtas y unos trescientos hombres escogidos de entre los otros grupos, debiendo además seleccionarse algunos de entre los escutarios y los gentiles (Amm. XX. IV. 2). La orden no fue enviada a Juliano, sino que se encargó del traslado de los guerreros a Lupicino, un oficial que se encontraba temporalmente en la Britania. Como señala Bowersock: “De golpe, Juliano perdía algo así como la mitad o los tres tercios de su ejército (...)”¹⁰⁰.

Libanio y Amiano Marcelino insisten en que no existía un motivo real para que Constancio II mandase llamar a las tropas galas y señalan que el Emperador habría actuado con el interés de disminuir drásticamente los poderes del César. El primero de ellos señala a este respecto: “Es claro que él no tenía necesidad de un ejército más numeroso que aquel que ya tenía en Persia, incluso con sólo una parte de ése le bastaba (...)”. Y agrega, “¡No!, su razonamiento fue algo diferente puesto que quería frenar a Juliano y a su prestigio que no cesaba de aumentar o, tal vez, destruir su fama ya lograda promoviendo una situación que alentara a los bárbaros en nuevos ataques”¹⁰¹. Amiano Marcelino agrega que al Emperador “lo atormentaban las acciones valerosas de Juliano que la fama divulgaba con frecuencia por boca de varios pueblos (...)”¹⁰². Pese a lo que señalan las fuentes, tenemos noticias de que la situación con los persas había sido bastante difícil durante el año 359 d.C., informaciones que podemos obtener de la lectura de los libros XIX y XX del propio Amiano Marcelino¹⁰³. Ahí se lee que las tropas del rey Sapor se encontraban en una ventajosa situación terminado el primer año de combates. Había, entonces, una necesidad real de contar con el refuerzo de los soldados galos que se habían demostrado tan capaces en la defensa de su territorio. Por otra parte, es necesario señalar que los sucesos de los años inmediatamente siguientes confirman la necesidad de concentrar todas las tropas romanas disponibles en la zona oriental.

Recibida la orden comenzaron en Las Galias los preparativos para el traslado y aparecieron los primeros síntomas del malestar que aquejaba a los soldados; expresiones de descontento que no cesaron de aumentar durante el año 360 d.C., especialmente por el hecho de que muchos de estos soldados habían recibido, más de una vez, la promesa de que no serían enviados a frentes de batalla distantes de Las Galias (Amm. XX. IV. 4).

La primera muestra concreta de este malestar la tuvo Juliano cuando llegó a sus manos un escrito militar anónimo en el cual se protestaba por el abandono en que quedarían Las Galias una vez que partiesen los soldados: “Nosotros, ciertamente, como arrojados al fin de la tierra como criminales y condenados, mas nuestros seres queridos,

¹⁰⁰ G. BOWERSOCK *op. cit.*, p. 47.

¹⁰¹ *Oratio*, XVIII, 95.

¹⁰² AMM, XX. IV. 1.

¹⁰³ En más de una ocasión resulta posible advertir incongruencias en el texto de Amiano Marcelino. Por lo que se refiere a la situación creada por los persas, entrega una serie de información sobre las grandes dificultades que el Imperio Romano enfrentaba en la zona, para luego señalar que no había un motivo real que justificase a Constancio II la petición de los soldados. El problema se torna especialmente complejo si tenemos en cuenta que el autor de *Rerum Gestarum* se desempeñaba como oficial en el frente oriental durante esos años. Situaciones como éstas son las que han motivado a algunos autores a poner en duda su tan mentada objetividad.

a quienes liberamos de su cautiverio anterior después de mortales batallas, de nuevo serán esclavos de los alamanes”¹⁰⁴. Se agregaba que la medida constituía un ultraje para el César Juliano.

Los resultados de la publicidad que recibió este escrito fueron, por una parte, una larga cadena de presiones ejercidas sobre el César por los funcionarios encargados de reunir y transportar las tropas para que nada retardase la partida, y por la otra, algunas medidas adoptadas por Juliano para satisfacer, aunque fuese parcialmente, las demandas de los soldados, especialmente la de permitirles hacer el viaje junto con sus familias.

El lugar que se fijó para la reunión de los soldados fue *Lutetia* (Paris). Este craso error político, vale decir, el agrupar las tropas al interior del territorio y hacerlo precisamente en la ciudad donde se encontraba Juliano, fue cometido por el tribuno Decencio, funcionario que finalmente se había hecho cargo de esta operación¹⁰⁵. Cuánto debe haber lamentado su decisión puesto que apenas llegaron los soldados a las afueras de la ciudad, comenzaron a expresar a viva voz su descontento.

Ya hemos tenido oportunidad de referir las discrepancias de las fuentes frente a los problemas más delicados de la vida de Juliano. Esta situación vuelve a plantearse cuando nos refieren los pasos dados por los soldados que proclamaron al César como Augusto el día en que debían partir para incorporarse al frente oriental. La única noticia que resulta posible entregar es que ellos, una vez reunidos en las afueras de *Lutetia*, procedieron, en algún momento entre la noche y el amanecer, a realizar la proclamación y que tras algunas vacilaciones se produjo la aceptación.

Más allá de lo recién señalado, aparecen las discrepancias. Por de pronto tenemos una versión oficial de los hechos en la *Carta*, 17-B, escrita por Juliano, así como una ratificación de su versión en el *Discurso ante el Senado y Pueblo de Atenas*. En ambos escritos sostiene que la causa del movimiento radica en la injusticia del llamado a los soldados por parte de Constancio II, así como en la espontaneidad de la resistencia que ellos opusieron. En ambos escritos la idea es la misma: “Llegan las legiones, salgo a su encuentro, según la costumbre, y les exhorto a que continúen su camino. Todo un día se quedan allí, durante el cual nada sabía yo de sus intenciones. Sean testigos Zeus, Helios, Ares, Atenea y todos los dioses de que no tuve ninguna sospecha de ellos hasta el atardecer. Cuando ya el Sol se había puesto, se me avisa y al instante el palacio es rodeado y todos gritan, mientras yo pensaba todavía lo que había que hacer y no acababa de creer lo que veía”¹⁰⁶.

¹⁰⁴ La transcripción de esta parte del escrito anónimo se encuentra en AMM. XX. IV. 10.

¹⁰⁵ Totalmente distinto sería si ese lugar hubiese sido elegido por Juliano o por alguno de sus colaboradores. Por otra parte, todas las fuentes concuerdan en que Decencio era un servidor fiel al Emperador y que en su decisión le falló el sentido político.

¹⁰⁶ Discurso al Senado y Pueblo de Atenas, 11.

Agrega que consultó a los dioses para que le indicasen que camino debía seguir “(...) que hiciera un prodigio y al punto él lo muestra y ordena obedecer y no oponerse al deseo del ejército”¹⁰⁷.

La nominación —continúa Juliano— tuvo lugar al amanecer, luego de una noche tormentosa, pese a las resistencias que había manifestado. “(...) Se enardecieron de un modo increíble, llegando hasta tal punto que, como yo trataba de vencer su insistencia con ruegos, al momento me amenazaron de muerte cercándome con sus asaltos. Vencido al fin y diciéndome que muerto yo, quizá otro de buen grado sería declarado Emperador, he consentido con la esperanza de aplacar la violencia en armas”¹⁰⁸.

Cuatro parecen ser, entonces, los elementos sobre los cuales descansa la versión oficial: la injusticia del requerimiento por parte de Constancio II; la espontaneidad de los soldados; la fidelidad de Juliano al Emperador y la intervención de los dioses para decidir el ánimo del César.

Amiano Marcelino y Libanio agregan nuevos elementos para entender el golpe de estado que Juliano iniciaba en esos momentos. El primero de los autores nos informa que el César luego de recibir a los soldados en las afueras de la ciudad, invitó “a los jefes a un festín, les mandó que hicieran peticiones (si alguno las tenía a la vista). Así, quienes eran acogidos afablemente salieron indecisos y afligidos con doble pena porque la fortuna inclemente los separaría tanto de un jefe moderado como de sus tierras natales. Y aunque estaban complicados por este pesar, se retiraron consolados a sus cuarteles. Pero llegada la noche estallaron en abierta discordia, y con sus ánimos excitados, puesto que la inesperada situación afligía a cada uno, se volvieron a las armas y a la acción. Y todos se dirigieron al palacio con enorme estrépito (...) (XX. IV. 13 y 14)”. Nada dice Juliano de esta comida que permite establecer relaciones entre sus acciones y el complot de los soldados.

¹⁰⁷ *Ibid*, 11. Cabe destacar que esta referencia no aparece en la *Carta*, 17-B. En AMM, XX. V. 10 se señala respecto a la intervención divina: “No obstante el Emperador relató a sus amigos más íntimos y cercanos que en la noche que había precedido al día de su proclamación como Augusto, durante el sueño una visión —como suele ser representado el genio del Imperio— le había dicho estas palabras con tono de reproche “Desde hace mucho tiempo, Juliano, observó en secreto el vestíbulo de tu casa, deseando ardientemente elevar tu rango, y algunas veces me he ido como si me rechazaras. Si siquiera ahora voy a ser recibido, cuando el fallo de numerosos hombres concuerda, me retiraré abatido y triste. Pero guarda esto en lo más profundo de tu corazón: yo no habitaré más contigo”.

Ya hemos tenido oportunidad de referirnos a la relación de Juliano con los dioses a través de los sueños. En este caso específico debemos descartar que se trate efectivamente de un sueño. En el *Discurso ante el Senado* y..., Juliano habla de una consulta realizada durante la vigilia. Por otra parte, la reconstrucción total de aquella noche hace difícil creer que haya tenido un minuto para cerrar los ojos. Probablemente se trata de un elemento que Juliano incorporó posteriormente a la narración

LIBANIO registra la intervención de los dioses en los siguientes términos: “Esta acción que ellos realizaron convencidos de que era más necesaria —se refiere a la de los soldados— fue ratificada en forma secreta por los dioses, quienes se colocaron del lado de ellos y que desde las alturas miraban atentamente sus bătănlas (...)” *Oratio*, XIII, 34; Cf. tb. *Oratio*, XII, 59.

¹⁰⁸ *Carta*, 17-B, 10.

El segundo de ellos —Libanio—, se refirió en tres ocasiones a los sucesos de aquella noche en la ciudad de *Lutetia*¹⁰⁹. Lo interesante en este caso es que el discurso fue derivando desde un apoyo incondicional a la versión de Juliano —Oratio, XIII— hacia una versión crítica que admite la posibilidad de que las cosas hayan sucedido de una manera distinta. Efectivamente, en la *Oratio*, XVIII, 97, utiliza una forma muy ambigua para señalar la hora en que se inició el complot: “(...) pero al atardecer, o quizás hacia la medianoche, ellos tomando las armas, rodearon el cuartel y comenzaron a ofrecerle el rango máximo y el título de Augusto”. No es descartable la posibilidad de que Libanio supiese al redactar la segunda de las oraciones mencionadas, de la existencia de la comida que menciona Amiano Marcelino y que por ello fuese más cauto al informar.

Parece posible afirmar que Juliano maquilló los hechos al entregar su versión, deseando aparecer como una víctima de las circunstancias. Esto no tendría nada de extraño en un hombre que desea justificar su asalto al poder.

Una versión muy diferente sobre los hechos aparece en la *Vida de Filósofos y Sofistas* de Eunapio. Allí, este hombre tan informado sobre la vida política de Juliano, señala: “(...) habiendo hecho venir al hierofante de Grecia, y habiendo realizado con él ciertos ritos sólo de ellos conocidos, se sintió animado a terminar con la tiranía de Constancio II, de tales cosas fueron informados Oribasio y un tal Evemero que era natural de Libia (...)”¹¹⁰. Recordemos que Eunapio tuvo como fuente la ya mencionada *Memoria escrita por Oribasio*.

Los textos de los escritores cristianos, así como las historias redactadas en los años siguientes en las que se hace referencia al tema, consideran de manera unánime la nominación como el producto de un movimiento planificado, en el cual los funcionarios de Juliano jugaron un papel destacado¹¹¹.

Queda la duda sobre la manera en la cual realmente se desarrollaron los sucesos, aunque lo más probable es que la noticia de Eunapio apunte sobre la realidad de los hechos. En todo caso hay que tener en cuenta que la petición de soldados fue el hecho que desencadenó una tensión que venía creciendo desde hace tiempo y que se agudizaría por éste u otro motivo. El problema de fondo residía en que Juliano había concentrado una importante cantidad de poder militar y político, situación que lo convertía en una persona temible para el poder central, el cual no tenía otro recurso que tratar de disminuir sus poderes como única manera de asegurar su fidelidad. Se repetía, con esto, una situación que afectó muchas veces al poder político romano en la primera mitad del siglo IV d. C.

¹⁰⁹ Lo hizo por primera vez en la *Oratio*, XIII, escrita en el año 362, vale decir, poco después de los sucesos. Aquí la versión de LIBANIO es coincidente con la de JULIANO. Luego tocó el tema en la *Oratio*, XII, a inicios del año 363, y finalmente en la *Oratio*, XVIII, redactada con motivo de la muerte de Juliano.

¹¹⁰ EUNAPIO, *op. cit.*, p. 476.

¹¹¹ GREGORIO DE NAZIANZENO, *op. cit.*, VII. 46, SOZOMENO, *op. cit.*, V. 1 y SÓCRATES ESCOLASTICO, *op. cit.*, III. 1.

Luego de la nominación, Juliano le envió una carta a Constancio II entregándole su versión de los hechos y buscando un entendimiento a partir de su reconocimiento como Augusto: “Ante el descontento de no percibir aumento dentro de la escala ni el obligado salario anual, inesperadamente les llegó la noticia de que se veían obligados a partir hacia las lejanas regiones orientales del mundo, acostumbrados como estaban a tierras heladas, debiendo separarse de esposas e hijos y viéndose arrastrados sin recursos y con las manos vacías. De ahí que portándose con más violencia que de costumbre, por la noche, formando un solo grupo pusieron sitio al palacio con grandes y repetidos gritos de Augusto a Juliano”¹¹².

Después de una serie de consideraciones, estipula de manera muy clara que era lo que estaba en condiciones de ofrecer al Emperador y qué era lo que esperaba de él. Ofrecía el envío de caballos y tropas de entre los gentiles, escutarios y letos. A cambio, solicitaba que se le designaran prefectos del pretorio justos y meritorios —lo que era una petición de remoción de Florencio—. Respecto del resto de los funcionarios, dice: “Los demás magistrados civiles ordinarios y los comandantes de tropas es conveniente que se permita a mi juicio su elección. Pues, es una necesidad, cuando se quiere prevenir que eso suceda, que rodeen al jefe del ejército aquellos de quienes se ignora conducta y disposición”¹¹³.

Constancio, no podía ser de otra manera, rechazó de plano las pretensiones de Juliano y le exigió el acatamiento inmediato de todas las disposiciones respecto al traslado de los soldados. A partir de ese momento, ambos Augustos comenzaron a preparar el enfrenamiento que dirimiría finalmente la difícil situación. Sólo la muerte intempestiva de Constancio II logró evitar la guerra civil, promoviendo de manera automática a Juliano al cargo máximo.



Mercurio matando al emperador Juliano. Iglesia de San Mercurio. El Cairo.

¹¹² JULIANO, *Carta* 17 B, 8. Merece mencionarse que esta última noticia, vale decir, que los soldados rodearon el palacio durante la noche con gritos de Augusto para Juliano, es aquella que no confirma LIBANIO en la parte correspondiente de la *Oratio*, XVIII.

¹¹³ *Ibid.*, 13.

Juliano llegó a ser Emperador por la vía de la usurpación y del asalto al poder. Para Constancio II, las acciones del César constituyeron una traición (Amm. XXI. XIII. 10-15), y podemos agregar que fue una traición especialmente peligrosa puesto que obligó a distraer tropas romanas de la frontera persa en los momentos en que Sapor, al mando de un poderoso ejército, se hacía presente en el Tigris. La inesperada muerte del Emperador vino a salvar una situación que con toda seguridad habría representado un peligro enorme para el Imperio, sobre todo si tenemos en cuenta que la contienda entre ambos Augustos no tendría porque haberse solucionado en una sola batalla ni en un breve tiempo.